

ALI-BEK.

TRAGEDIA ORIGINAL EN CINCO ACTOS:

POR

DOÑA MARIA ROSA DE GALVEZ.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

¡Ah! que el remordimiento del culpado
jamás pudo acallar el poderío;
jamás el criminal halló en su lecho
el descanso á los justos concedido.

Hassan. Acto quinto, scena segunda.

ACTORES.

Amalia, cautiva christiana, esposa de Ali-Bek. *Señora Maria Garcia.*

Ali-Bek, Bey de Egipto. *Señor Bernardo Gil.*

Mahomad, esclavo de Ali-Bek. *Señor Rafael Perez.*

Morad, Bey de Alexandría. *Señor Juan Carretero.*

Roberto, Conde de Bassancur, baxo el nombre de Hassan. *Señor Vicente Garcia.*

Ismael, esclavo de Morad. *Señor Agustin Roldan.*

Comparsa de Mamelucos.

La scena es en las alturas de Saldeik, en lo interior de la tienda de Mahomad, magníficamente adornada al uso oriental.

Habrá hácia el foro una mesa al gusto asiático, y varios almohadones para sentarse.

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es enteramente original. Su accion está sacada de la historia de Egipto, y de la rebelion, sorpresa y muerte de Ali-Bek acaecida en aquel pais á mediados del siglo último. Lo estéril del asunto, y el poco interés que podria causar su representacion, si nada se hubiese añadido á los hechos históricos, han movido á la Autora á inventar algunos, que con solo recorrer la relacion del suceso sobre que se funda este drama, podrán ser facilmente conocidos. La novedad de ser esta composicion obra de una señora española, la del asunto mismo, no tratado hasta ahora por otro, y la indulgencia que debe esperarse de un público civilizado, dan á la

Autora fundadas esperanzas de que la crítica de este drama será juiciosa y urbana. Con estas calidades admitirá gustosa qualquiera advertencia razonable ; y ofrece , con tal que lo sea , aprovecharse de ella para corregirse en otras composiciones en que actualmente trabaja.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Morad y Ismael.

Ism. Ya estais obedecido: nuestras tropas
quedan en las alturas apostadas;
y en la llanura inmensa del desierto,
que al Egipto se extiende desde Gaza,
descubrirán la marcha presurosa
del rebelde Ali-Bek: su confianza,
ignorando el peligro que le espera,
un sangriento destino le prepara.
Su esposa Amalia, que en la obscura noche
ha sido por mi esfuerzo aprisionada,
destrozando, á favor de las tinieblas,
las tropas con que Omar la custodiaba,
rendida á su dolor yace en mi tienda;
lamenta de su suerte la desgracia:
y quando de Ali-Bek pronuncia el nombre,
vuelve á correr su llanto en abundancia.

Morad. Pronto serán sus lágrimas preciosas
enxutas por mi mano; y mi venganza
romperá para siempre la cadena,
que á un tirano la tiene esclavizada.

Luego, Ismael, que su pequeña escolta
se anuncie por el polvo que levanta
la arena abrasàdora del desierto,
ordena que se formen en batalla
los bravos Mamelucos que me siguen,
y á darme aviso vuelve sin tardanza.
El Arabe Daher espera en vano,
que jurada en el Cayro su alianza,
permanezca el Egipto baxo el yugo
que ignominiosamente lo avasalla.

Ismael. Permitiréis, señor, á vuestro esclavo
que preguntaros pueda, ¿por qué causa,
si el valor de Ali-Bek, y sus victorias
un tiempo mereció vuestra alabanza,
ahora en contra suya armais el brazo,
protegiendo la pérfidà arrogancia,
la ambicion de Mahomad y sus rencores?
¿quereis cubriros de una eterna infamia?
El nombre de Morad los Mamelucos,
por su valor y sus piedades aman:
nunca le viéron oprimir tirano
las márgenes del Nilo desoladas;
y quando habeis llamado sus esfuerzos
para el marcial combate, no esperaban
que en favor de un traidor aborrecido
pudiérais conducirlos á campaña.

Morad. Ismael, la amistad que te dispenso
disculpa la osadía con que tratas
penetrar los secretos de mi pecho.
Tu zelo y tu valor, que de mis armas
dirigen el esfuerzo y la obediencia,
te llegó á merecer mi confianza.
No pienses, no, que de Morad la gloria
manchará la ambicion; mas noble causa
me obliga á combatir contra un guerrero,
que tembláron las huestes otomanas.
El amor me declara su enemigo:
Ismael hace un movimiento de admiracion.
amor arma mi brazo. ¿Por qué extrañas,
si generoso soy, si soy sensible,
que áme mi corazon? Quando la fama
celebra de los héroes las virtudes,
son obra del amor las mas sagradas.
Ali-Bek me ha robado mis placeres
valido del poder de su privanza
con el Bey Ibrahim; él me ha ultrajado;
la que nombra su esposa, era mi esclava.
Yo la amaba, Ismael; los tiernos años,
los inocentes juegos de la infancia,
mis primeros ardores juveniles,
en dulce paz voláron con Amalia.
Sus padres, que de un largo cautiverio

lamentaban la suerte desgraciada,
con placer viéron los amantes votos
que hizo mi corazon por libertarla.
Su madre virtuosa, al tiempo mismo
que aplaudia la union de nuestras almas,
víctima fué de la implacable muerte,
que sepultó con ella mi esperanza.
Su padre, de allí á poco, fugitivo
abandonó esta hija desdichada;
y quando yo con amorosa mano
iba á enxugar el llanto de mi amada,
ambicioso Ali-Bek, á mi despecho,
de entre mis brazos con furor la arranca.
Vanamente despues, por largo tiempo,
reclamé mi cautiva; desposada
con este revelado victorioso,
mi funesta pasion desesperada
se reduxo al silencio, y en secreto
devoré mis tormentos y mis ansias.
Mas ahora que Mahomad contra el rebelde
invoca mi valor; quando mi espada
puede quitarle con honor la esposa
que el cielo destinaba á mi constancia,
me verás darle muerte, y victorioso
unirme para siempre con Amalia,

Ism. Yo á vuestro lado derramar ofrezco

toda mi sangre por tan justa causa.
Mas si triunfais, decid, ¿estais seguro
de volver á ser dueño de la esclava?
Mahomad á su rencor inmolar puede
la esposa de Ali-Bek.

Morad. No: su palabra
me dió de conservarme mi cautiva,
si logro la victoria deseada.
Solo á este precio pudo de mi brazo
obtener el socorro de la patria.
Ya es tiempo que el Egipto desolado
cobre la libertad, y que mis armas
venguen su afrenta, y mi amoroso ultrage.
Sobre todo, te encargo que mi guardia,
empezado el combate, aquí conduzca
la esposa de Ali-Bek, miéntras mi saña,
destruyendo al soberbio cuerpo á cuerpo,
logra darle la muerte en la batalla,
y ornado del laurel de la victoria,
vuelvo á ofrecer mi corazon á Amalia.

Mirando adentro.

Ism. Mahomad aquí se acerca.

Morad. Parte, amigo;
confio en tu valor y vigilancia.

Ismael se va.

SCENA II.

Morad y Mahomad.

Mahom. ¡Con quánta lentitud, Morad valiente,
los instantes inciertos que preparan
la ruina de un tirano se aproxîman!
¡qué perezosa llega la venganza,
y qué pronto el ultrage se recibe!
Mil recelos me cuesta la tardanza
del infame Ali-Bek; si la fortuna
su vida ha libertado de las tramas
con que el Divan político ha intentado
destruir un rebelde; si fué vana
la ponzoña mortífera, el acero,
y el funesto cordon, quizá burladas
serán tus esperanzas, y mis iras.

Morad. No receles, Mahomad: está cansada
de servir la fortuna á un ambicioso;
y aunque merece su soberbia osada
perecer con oprobio, brazo á brazo
espero darle muerte en la campaña.
Tú no olvides en tanto que á mi esfuerzo
deberás este triunfo; que tu rabia
se consumiera en vergonzosa envidia,
si yo no te ayudase; en fin, que nada

sino el amor pudiera violentarme
á ser aliado tuyo.
Mahom. Esta alianza
traerá la paz al afligido Egipto.
Tú, ocultando tambien tu ardiente llama,
puedes dar una causa decorosa
al zelo que te anima. ¿Qué? ¿la patria,
la Siria, el Delta, el Africa oprimida,
no excita tu valor á libertarla?
¿No lidiarás, Morad, con mayor gloria
por tan noble motivo, y que la infausta
guerra civil, del Nilo destructora,
quede por tu heroismo aniquilada?
¿qué es el amor, al fin, en nuestro clima?
Una sombra fugaz, una voz vaga,
que en el Harem gozamos sin peligro,
sin susto, ni temor; allí humilladas
de Mingrelia y Georgia las bellezas
disputan de su dueño una mirada.
Soberanos del sexô, á nuestro arbitrio
gozamos el deleyte, y...
Morad. Mahomad, basta.
¿Presumes tú que puedes tus rencores
cubrir del nombre sacro de la patria?
¿Tú, comprado á la falda del Caucaso,
como lo fué Ali-Bek; á su privanza

elevado por él, ingrato luego,
y á tu dueño traidor, tienes la audacia,
de ennoblecer tus quejas y tu envidia
en favor del Egipto? ¡Tú comparas
el tierno amor con el brutal deleyte;
el amor, que en Europa ofrece el alma
en voluntario don á quien adora,
con las caricias tristes y forzadas
que hace la esclavitud á sus tiranos!
A tí no corresponden las sagradas
prendas de libertad y de alvedrio,
porque no las conoces: la inhumana
ambicion de mandar estos paises
abrigas en tu seno; si lograrla
esperas por mi medio, no compares
el tierno amor á una pasion tan baxa.

SCENA III.

Morad, Mahomad y Ismael.

Ism. Venid, señor, venid: se ha descubierto
la escolta de Ali-Bek, y de su marcha
no permite dudar el polvo denso,
que la brillante luz del sol empaña.
Si esperamos se acerque, mas segura
tenemos la victoria; descuidada

su gente, quando llegue á estas alturas,
puede ser destruida con ventaja.
Morad. No con ventaja infame; en campo abierto
hemos de combatir sin emboscadas.
Nuestra caballería á rienda suelta,
como suelen volar esas montañas
de árenas encendidas, que sepultan
exércitos enteros, arrastradas
por un viento de fuego, así impelida
de mi valor sepultará su audacia.
Tú, Mahomad, con los tuyos este sitio
puedes guardar tranquilo; á tí te basta
gozar de la opulencia sin peligro;
y si has de coronar tus esperanzas,
respetar en Amalia la belleza,
que conduce mi brazo á la venganza.
Vase con Ismael.

SCENA IV.

Mahomad solo.

Mahom. Soberbio, tú me insultas; pero teme
que se llegue á lograr: teme la saña
de mi rencor, si llego á coronarme
como supremo Bey: cada palabra,
cada voz injuriosa, cada acento

te costará un suplicio: en tí mi rabia
desplegará el furor de los tiranos
inventando tormentos. Poco falta,
si logras la victoria y tus amores,
para que yo castigue tu arrogancia.

Llamándole.

Hassan.

SCENA IV.

Mahomad y Hassan.

Hassan. ¿Qué quieres?
Mahom. Ya llegó el momento
que anhelamos los dos: ya en la campaña
Ali-Bek y Morad, fieros y altivos,
combaten por vengarnos. Pero acaba
de confiar la causa de tus quejas
á un amigo leal; yo sé què guardas
en tu pecho el dolor; sé que á mi lado,
despreciando el poder y la privanza
que te ofreció Ali-Bek, vives oculto:
tú me has seguido en medio de las varias
fortunas de mi vida, abandonando
tu antigua religion, y esta mudanza,
llenándote de honor entre nosotros,
te dió la libertad, que deseabas.

Hassan. ¡Ay Mamomad! no pretendas que renueve
la memoria fatal de mis desgracias,
derramando las penas, que me afligen
en tu seno amistoso: la constancia
con que sufro mi larga desventura
pudiera vacilar, si la explicára.
Goza de tu opulencia, fiel amigo,
y no exâmines la funesta llaga
que oculta un corazon desesperado.
¡Ah! dexame morir.

Mahom. Quando me llamas
amigo fiel, pretendes ocultarme
tu profundo tormento; en vano tratas
mantener el silencio: si deseas
la libertad de tu querida Amalia,
habla, ó teme que ofenda tu secreto
mi poder y amistad.

Hassan. Si tu amenaza
fuera contra mí solo, inutilmente
pudieras obligarme; pero el alma
me penetra el peligro de una hija
que puede en este dia ser tu esclava.
Este nombre afrentoso, que ha sufrido
desde los tiernos años de su infancia,
yo le fixé por siempre: he profanado
de la naturaleza las sagradas

leyes consoladoras: poseido
de un pánico terror, mi mano ingrata
vendió su propia sangre.... Tú no ignoras
que arrancado del seno de la Francia,
cautivo con mi esposa, y con mi hija,
que dos años tenia, fué comprada
por Morad y su padre la exîstencia
de mi triste familia: que lograra
mi libertad, si esta querida esposa
no falleciera del dolor postrada.
Inútil fué la sabia medicina,
que en Africa aprendí, para librarla
de la espantosa muerte, y esta ciencia
de mis negros delitos es la causa.

Mahom. ¿Cómo?

Hassan. Escucha, Mahomad: yo fuí llamado,
poco tiempo despues de esta desgracia
al Harem de Ibrahim: en él doliente
una belleza enferma deseaba
los socorros del arte: sorprehendido
en su recinto por su misma guardia,
no solo fué preciso que abjurase
mi antigua religion; pero forzada
firmó mi mano trémula el contrato
que á esclavitud eterna condenaba
la vida de mi hija; y á este precio

pude salvar la mia; autorizada
de Ali-Bek la pasion con tal derecho,
el Bey le concedió su nueva esclava.
¡Ay! no la he vuelto á ver; sé que es su esposa;
sé que amante la sirve, la idolatra;
ha querido con toda su grandeza
borrar esta violencia; pero nada
puede acallar el cruel remordimiento,
que el corazon me oprime: si mi Amalia
supiera que este padre, que ella llora
perdido y fugitivo, es quien la arranca
á su primer amante; que la vende
este bárbaro padre... ¡Suerte infausta!
aleja para siempre este momento
de llanto y de dolor: que horrorizada,
sabiendo mis delitos, no maldiga
al exêcrable autor de su desgracia.

Mahom. Modera tu afliccion: hoy es el dia
de romper su cadena, de librarla,
de volverla á Morad, y que en sus brazos

Tiros á lo léjos.

olvide... Pero escucha: ya trabada
está la accion sangrienta... Oye el terrible
estruendo de la muerte... Mas la guardia
de Morad no le sigue en el combate:
el pérfido Ismael, ¡ó suerte airada!

tampoco fué con él. ¡O! ¡vil fortuna!

Todos los versos desde Mas la guardia *hasta* fué con él, *debe decirlos mirando adentro.*

SCENA VI.

Ismael, Mahomad, y Hassan.

Mahom. ¡Ah, cobarde! ¿pues cómo desamparas
á tu señor, quando al peligro corre?
¿Cómo así te detienes? traidor...

Ism. Calla:
no injuries mi valor. Aquí conducen
la esposa de Ali-Bek, que arrebatada
fué por mi brazo al despuntar el dia
venciendo, á los que osados la escoltaban;
respeta su dolor, miéntras yo vuelo
al campo de la gloria. Allí mi espada

Saca el sable.

al lado de Morad, y en su defensa
hará inmortal mi nombre, y mis hazañas.

Vase.

Estos versos debe decirlos como fuera de sí, y al irse manifestarse agitado del miedo, de que Amalia le alcance á ver.

Hassan. ¡O maldad! ¡ó hija mia! yo no puedo
soportar tu presencia: yo soy causa de

de tu doliente llanto. ¡O si la tierra
esconderme pudiése en sus entrañas! *Vase.*

SCENA VII.

Mahomad y Amalia: ésta es conducida con violencia por los Mamelucos: trae rasgado el velo, con que deberia tener cubierto el rostro.

Amal. ¿Adónde me arrastrais, hombres crueles,
quando Ali-Bek peligra? ¿Así ultrajada
me arranca vuestra bárbara violencia
á la muerte que invoco? ¿Así profana
vuestro furor la esposa miserable
de un ilustre guerrero? Separada
de su lado, la vida me es odiosa.
¡Ah! volvedme á la scena sanguinaria
que forjó la traicion y la perfidia;
que yo espire con él; que mi constancia
pueda añadir, si muere en el combate,
una víctima mas á vuestra rabia.

A los Guardias.

Mahom. Apartaos. Señora, vuestro llanto *A ella.*
enternece mi pecho: á vuestras plantas

Arrodillándose.

humillado teneis, á quien procura
libraros del horror que os sobresalta.

Se levanta.

En este pabellon podeis segura
esperar, que la suerte de las armas
cambie vuestro destino.
Amal. Y tú, ¿quién eres?

Inclinándose profundamente.

Mahom. Vuestro esclavo: Mahomad.
Amal. ¿Y respetada
en tu tienda seré? ¡Tú, cuyo nombre
lleva tras sí la vergonzosa infamia,
el llanto de los pueblos, las traiciones,
tú que dexas tus huellas señaladas
con sangre de inocencia, tú me ofreces
compasion y respeto! No me engañan
ni tus humillaciones despreciables,
ni el artificio vil de tus palabras.
Mahom. Pensad lo que gusteis; pero no es tiempo,
si rezelais la suerte que os aguarda,
de insultar un poder, que puede daros,
ó la vida, ó la muerte. Custodiadla.

A los Guardias, y se va.

Amal. La muerte: yo la imploro. ¡Dios eterno!
fortaleced piadoso mi constancia;

libertadme de un monstruo aborrecido,
ó terminad mi vida desgraciada.

Se va acompañada de los Guardias, de los quales quedan dos á la puerta por donde entra.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Hassan solo por el lado opuesto, á los Guardias.

Hassan. ¡O! dia de terror: por todas partes
cadáveres, y miembros mutilados;
moribundos lamentos, tristes ayes
de ese desierto pueblan el espacio.
Los que viven, furiosos combatiendo,
en su venganza atroz encarnizados,
desesperados mueren; y en mi pecho,
de esta scena de rabia horrorizado,
con triste voz, con eco pavoroso
naturaleza fiel está gritando.

Mirando al pabellon donde está Amalia.

¡O hija mia! tú gimes. ¡Si á lo ménos
yo pudiera enxugar tu amargo llanto!
¡Si en mi seno llorases! y el consuelo

te diera, quien tus males há causado;
yo fuera mas feliz... Mahomad se acerca.
Mirando al lado opuesto.

SCENA II.

Hassan: Mahomad apresurado.

Mahom. Hassan, todo se pierde: derrotado
el campo de Ali-Bek, sus tropas huyen;
las nuestras al momento le cercáron;
la multitud le acosa, y mal herido
al fin le precipitan del caballo,
que espira baxo el peso que le oprime.
Furioso se levanta: y desnudando
el alfange terrible, cada golpe
señala con la muerte de un contrario.
Semejante á un leon, que en la caverna
que le formó la astucia, encadenado
ruge, y en cada giro de sus garras,
destroza al que se acerca temerario:
así desesperado se defiende;
su muerte era segura: pero en tanto
llega Morad, y manda se retiren
las tropas que le cercan; olvidando
el trance peligroso, quiere altivo
obtener la victoria por su brazo

en singular combate. Yo lo he visto,
conteniendo el furor de los soldados,
perseguir su enemigo hácia esta tienda.

Mirando adentro: ruido de espadas.

Pero atiende; ya llegan. Hassan, vamos:
y si lo libertáre la fortuna
del valor de Morad, aprisionado
no lo podrá salvar de la ponzoña,
que pienso que reciba por tu mano.

Se retiran. Vase Hassan, y Mahomad se queda en el foro.

SCENA III.

Ali-Bek, herido en la cabeza, riñendo con Morad, que lo persigue y detiene al mismo tiempo á Ismael, y los Mamelucos qne quieren acometerle.

A los Comparsas.

Morad. Tened: no le mateis. Ríndete, fiero;

A él.

goza de mi piedad el corto espacio,
que de vida te resta.

Ali-Bek. Aun no has vencido:
este aliento... la sangre que derramo...

el furor que circula por mis venas...
mi esposa arrebatada por tu mano...
todo pide venganza, sí, venganza...
ántes que muera, quedaré vengado.

Esforzándose para reñir.

Defiéndete.

Morad. Féroz: ¿así te obstinas,
mi generosa oferta despreciando?

En accion de herirlo.

Pues muere á mi furor.

SCENA IV.

Amalia, y los dichos. Aquella arrojándose entre los dos, y poniéndose delante de Ali-Bek.

Amal. Bárbaro, hiere:
hiere este pecho fiel; este es el paso
para su corazon: penetra el mio,
si has de lograr su muerte. Temerario,
¡tiemblas, y te horrorizas! ¿Qué te espanta?
Colma con esta accion tus atentados.

Morad. Amalia... Tú desarmas mis furores:
la vida de tu esposo está en mi mano;

Arrojando el sable.

pero tú la defiendes... ¡Ah! yo cedo:

respeto la virtud, y avergonzado
de causar los tormentos que te afligen,
procuraré á lo ménos no aumentarlos.

Desfallecido.

Ali-Bek. Es tarde ya... Las sombras de la muerte...
me privan de la luz... Si tú has formado
esta infame sorpresa... Si has vendido
mi cabeza al Divan... ya has consumado

Llevándose la mano á la frente.

tu abominable crímen... Esta herida...
la sangre que he perdido... todo... En vano
esfuerzo mi valor... ¡O esposa mia!

Amalia se acerca.

acércate... que espire yo en tus brazos.

Se apoya en sus brazos.

Amal. ¡Desventurado esposo! ¡triste Amalia!
¡Dios supremo, piedad!

SCENA V.

Dichos y Mahomad.

Aparte en el foro.

Mahom. Ya es necesario
presentarme, ocultando mis rencores.

Se acerca.

Señora, permitid que renovando
mis piedades por vos, haga se cuide
á mi dueño Ali-Bek, y recostado
sobre mi propio lecho, al punto llamen
á mi médico Hassan; que los cuidados
del arte y del respeto se prodiguen
por tan preciosa vida, y olvidando
vuestras injustas quejas, sed vos sola
quien procure en sus males aliviarlo.

Amal. Esta piedad pudiera tus traiciones
hacer ménos horribles; si ocultando
algun designio atroz...

Mahom. Basta de injurias:
executad mis órdenes. Llevadlos.

A los Guardias, que retiran á Amalia, y Ali-Bek á lo interior de la tienda.

SCENA VI.

Mahomad y Morad.

Morad queda suspenso á la esquina del teatro.

Mahom. ¡Ah! Morad, ¿estos eran los furores,
que excitaba tu amor? ¿así humillado
una mirada sola, una palabra

de una muger desarma de tu brazo

Volviéndole el sable á Morad.

la furia vengadora? Dí, ¿qué esperas
si viviese Ali-Bek? ¿Es este el pago
debido á mi alianza y mis favores?
¿Por qué no has permitido que en el campo,
donde lidiaba fiero, lo matasen?
Su orgullo quedaría sepultado,
libre tu amor, el Gran Señor servido,
el Egipto triunfante, y yo vengado.

Morad. No atormentes, Mahomad, con tus furores
mi triste corazon, quando me abraso
en zelosas angustias: ¿es posible
que Amalia, mis amores olvidando,
solo adora á Ali-Bek? Sí, yo la he visto,
insultando las iras de mi brazo,
presentarme aquel pecho, donde un tiempo
creyó Morad vivir idolatrado.
¡Mudable! Su ternura, su constancia,
sus inocentes gracias, sus encantos,
sus tiernos juramentos ¿qué se hiciéron?
Todo, ménos su rostro, se ha mudado...
¡Ah! mas bella, que nunca, su hermosura
desarmó mi furor. Yo ví su llanto
por mi causa correr, y confundido
quedé de mi victoria avergonzado.

Mahom. Desprecia su memoria; no una esclava
humille tu valor; no un amor vano
pueda abatir el alma generosa
del vencedor Morad; goza bizarro
el triunfo á que te eleva la fortuna,
y piensa que el deleyte...

Morad. ¡Ah! no volvamos
al bárbaro discurso, que le niega
sus mas puras delicias; no me es dado
olvidar la belleza, que constante
desde mis tiernos años idolátro.
Si yo pudiese hablarla; si á lo ménos
mi sentencia escuchase de su labio,
yo muriera á sus pies, y con mi muerte
fuera feliz su corazon ingrato.

Mahom. En breve la verás á tí humillada
implorar tu piedad; en breve espacio
de Ali-Bek el poder, y la grandeza
fugaces volarán: este contrario,
ni á mi fortuna, ni á tu amante llama
oponerse podrá. Sabe...

Viendo venir á Hassan, se detiene.

SCENA VII.

Dichos y Hassan.

Hassan. Aliviado
queda Ali-Bek de su profunda herida.
Morad observa con sorpresa á Hassan desde el momento que empieza á hablar.
Las benéficas plantas, por mi mano
aplicadas, calmáron sus dolores.
Para animar su espíritu ha tomado
un licor saludable, que le vuelva
sus fuerzas abatidas.
Morad. No me engaño: *Aparte.*
es su voz, su semblante. Dí: ¿no eres *A él.*
el padre de mi Amalia? ¿Cómo, quando
perdido ella te llora, en este trage
y en este sitio estás?
Hassan. Morad, en vano
es ya ocultar mi suerte. Soy su padre,
sí; yo soy ese padre desgraciado:
ella, quando mis manos oficiosas
curaban á su esposo, exâminando
estuvo mi semblante; de sus dudas
se quiso asegurar. Yo la he dexado
en la tierna inquietud, con que sus ojos

buscaban en mi rostro el desengaño.
Aun no ha llegado el tiempo, en que sin susto
pueda estrechar mi hija entre mis brazos.

Mahom. ¿Sabes que ella me ultraja?

Hassan. Generoso
perdona sus flaquezas; no irritado
con tu presencia aumentes sus pesares.
Bastante su desgracia la ha humillado.
Yo temo su virtud, temo su vista,
temo su voz, y los terribles cargos
que agravarán mis bárbaros delitos.
¡Ah! por piedad, Mahomad, al punto huyamos.

En ademan de irse, queriendo llevarse á Mahomad.

Ella vendrá á este sitio: Morad puedo
hablarla de su amor; pero ocultando
que sabe de su padre: ella se acerca;

Mirando adentro.

consuela su dolor...

A Morad.

Mahom. Ya basta; vamos.

Se van Mahomad y Hassan.

SCENA VIII.

Morad y Amalia.

Amalia sin ver á Morad.

Amal. ¡Cielos! ¿será mi padre el que piadoso,
con el nombre de Hassan, sobresaltado
á mi esposo socorre? Si pudiese
hablarle un solo instante... Pero al paso

Viéndole.

está Morad: ¡gran Dios! ¿cómo te atreves

A Morad.

á exponerte á mis ojos? ¿Qué, inhumano,
pretendes, que renueve con tu vista
la dolorosa causa de mi llanto?

Morad. No, Amalia; si pensára que mudable
mi amor, y mis finezas olvidando,
detestabas la mano que pretende
arrancarte al dominio de un tirano,
jamas mi nombre y mi valor se unierán
al rencor de Mahomad: pero, ¡insensato!
no es por aquella Amalia que me amaba
por quien he combatido; ella ha mudado
en ódio el tierno amor, y ha preferido

la riqueza y la gloria de un esclavo.

Amalia. Si fué esclavo Ali-Bek, ya solo es héroe:
su bondad, sus victorias y sus lauros
le hiciéron digno de mandar el pueblo,
que de un infame yugo ha libertado.
Si él me nombra su esposa; si en mi obsequio
las tiránicas leyes del serrallo
para siempre rompió; si compasivo
concede libertad á los Christianos,
contra tantas virtudes mal pudiera
negarle un corazon, que ha conquistado
amante y generoso. Tú no ignoras,
que de mi religion los ritos santos
el nombre y los deberes de una esposa
justamente en la tierra consagráron:
que la dulce esperanza de que fuera
por esta religion ménos tirano
el gobierno feroz de estas regiones,
hizo que yo te amase, como hermano,
desde mi edad primera

Morad. ¿Tú te acuerdas.
del venturoso tiempo, en que á tu lado
creció mi inclinacion con tu hermosura?
¡Ingrata! ¿Cómo puedes recordarlo,
sin que el rubor te oprima? Dí: ¿te acuerdas

quando tu madre, uniendo por su mano
las nuestras inocentes, de tus votos
hizo testigo al cielo? ¿Has olvidado,
que en el dia feliz de esta promesa,
de dos jóvenes palmas enlazando
las amarillas hojas, y en su sombra
ceñida tú de mis amantes brazos,
ella misma grabó en los verdes troncos
el nombre de los dos, y así exclamando:
creced, árboles, dixo, tan unidos,
como Amalia y Morad en dulce lazo
felices vivirán... ¡O árboles fieles!
jamas divida el espantoso rayo
las ramas, que cubriéron mis delicias;
y que en vuestra corteza el nombre ingrato
de una muger perjura, me recuerde,
que vosotros amais, y ella ha olvidado.

Amal. Basta, cruel Morad, que tus pesares
mi corazon sensible destrozando
con tu inocente amor, y la memoria
de mi infelice madre, han inventado
el tormento mas bárbaro, que puede
sufrir la triste Amalia. Dí: ¿qué ampáro
quedó á mi juventud, quando la muerte
la arrancó de mi seno? Demasiado

lloré y sentí. La fuga de mi padre,
de que ignoro el motivo; el atentado
de ofrecerme Ibrahim á nuevo dueño;
no saber mas de tí; vivir dos años
en poder de un guerrero, cuya gloria,
cuya terneza al fin combatí en vano;
sin otro apoyo en todo el universo
que el valor invencible de su brazo,
¿qué pude hacer?

Morad. Morir.

Amal. Nunca la muerte
extiende su guadaña al desgraciado.

Morad. Pero tú amas, ingrata, á quien te priva
de tu primer amante: tú has librado
á Ali-Bek de mis iras.

Amal. Defenderlo
es cumplir mi deber.

Morad. ¿Y no es amarlo?

Amal. ¡Ay, Morad! no pretendas satisfaga
las quejas de tu amor; quizá mis labios
te han dicho mas que deben.

Morad. Pero al ménos,
pudiera yo esperar, que libre acaso,
si muriese Ali-Bek...

Amal. ¡Vana esperanza!

Delito fuera solo imaginarlo.
Olvida para siempre una infelice,
que oprime la fortuna; solo aguardo,
por última fineza, que me digas
lo que saber anhelo. Yo he observado,
Morad, todas las señas de mi padre
en el rostro de Hassan; su sobresalto,
su voz interrumpida, sus miradas
confirman mis sospechas; mas no alcanzo,
por qué ha mudado el trage, y se me oculta.
Desénganame tú: ¿sabes acaso?...

Morad. Sé, Amalia, que es tu padre; pero ignoro
quál puede ser su suerte.

Amal. ¡Cielo santo!
¿Si ha olvidado su Dios? ¿si me aborrece?
Corre, Morad, te ruego; vé á buscarlo.
Hazlo venir aquí; solo un momento
basta á satisfacerme. Si ha quedado
en tí alguna piedad de mis desdichas,
proporciona este alivio á mi quebranto.

Morad. Sí, adorable muger, serás servida:
que aunque ingrata me olvides, puede tanto
la hermosura y virtud, que á mi despecho,
quanto mas me desprecias, mas te amo.

Vase.

Amal. ¡Generoso mortal! ¡ó! premie el cielo
la heroicidad de un pecho tan bizarro.

Vase.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Amalia sola.

Amal. Dios de piedad, desciendan de tu trono
las piedades que invoco; tu clemencia,
de mi esposo los males aliviando,
consuelo á mi dolor tambien conceda.
Esta infeliz, que nunca ha conocido
la dulce libertad, sobre la tierra
no tiene mas apoyo, que su vida.
Mi padre me abandona, y aun me niega
el placer de su vista: el mundo todo
es para mí un desierto, donde fieras,
la maldad, la ambicion y la perfidia
disputan el poder y la grandeza.
Horror por todas partes, sangre, muerte
respiran estos climas; donde quiera
que el rostro vuelvo, que mis ojos fixo,
veo desolacion. ¡Ah! qué exîstencia

Mirando adentro, donde se supone que duerme Ali-Bek.

tan miserable gozo. ¡Pero cielos!
¿Qué extraña agitacion de nuevo altera
el sueño de mi esposo? ¿Qué terrores
turban su corazon?

SCENA II.

Amalia, y Ali-Bek saliendo horrorizado.

Ali-Bek. Sombra funesta,
no me arrastres contigo hasta el sepulcro:
no me atormentes mas; por mí la tierra
no está bañada en sangre.

Tomándole la mano.

Amal. Esposo mio...

Volviendo sobre sí.

Ali-Bek. Cara Amalia: ¿eres tú quien me liberta
de su espantosa vista, de sus brazos?...
De sus horribles brazos...

Amal. Dí: ¿qué inquieta
los instantes que el cielo compasivo
concede á tu descanso?

Se sientan los dos en los almohadones.

Ali-Bek. Escucha atenta.

Apénas dulce calma á mis sentidos
el sueño concedió, quando la idéa
del Egipto humillado, ante mis ojos
ofreció de los siglos la carrera;
desde el tiempo en que fué gloriosa cuna,
donde sus artes aprendió la Grecia,
hasta la Dinastia en que fundáron
los fuertes Mamelucos su opulencia.
La ambicion otomana, despojando
nuestro nuevo poder, abatió fiera
una nacion formada en los combates.
Yo grito, libertad; ya mis empresas
ayudaba la Europa, y hasta el Cayro
llegára vencedor, si la sorpresa
de un traidor no impidiese mis designios.
He vuelto á ver en sombras la sangrienta
destruccion de mis tropas valerosas
al pie de las pirámides soberbias.
Perdída la esperanza de salvarme,
temeroso de ver mi última afrenta,
en una de ellas pienso hallar asilo.
Esfuerzo mi valor: su mole inmensa
subir osaba de sudor bañado,
y penetrando al fin la entrada estrecha,
que á su centro conduce, me hallo solo

en el seno del caos. Las tinieblas,
y el silencio que habitan este sitio,
en su morada esparcen noche eterna.
A cada paso hollando las ruinas
del pavimento obscuro, pude apénas
tocar de un mármol fúnebre la loza,
quando en pálida luz la sombra envuelta

Levantándose horrorizado, y Amalia tambien.

de un descarnado espectro alza la frente;
la seca piel, que con rugosas vueltas
cubria su esqueleto, por su rostro
de furor inflamado se desplega.
Abre por fin los macilentos labios,
y á su voz pavorosa, que resueña
por la anchurosa bóveda, el asombro
pasma mi corazon, mi pecho aterra.
"Ali-Bek, dice, en estas tristes urnas
"á la inmortalidad llegar esperan
"los legítimos dueños del Egipto:
"aquí descansan las cenizas regias
"de aquellos soberanos que llenáron
"el orbe de su gloria y su grandeza.
"Alguna vez en este obscuro sitio
"penetró la avaricia, otras la necia
"curiosidad del hombre; pero nunca

» sirviéron estas tumbas de defensa
» para el usurpador. Ven al sepulcro;
» este será el asilo que te ofrezcan
» los manes agraviados que profanas.»
Y extendiendo hácia mí sus manos yertas,
me arrastra á la morada del espanto.
En vano hubiera sido por la fuerza
pretender libertarme, si á tus voces
no huyese el sueño, y la ilusion funesta.

Amal. Calma tu agitacion, esposo mio;
las fantasmas que forma en nuestra idéa
la imaginacion débil, no merecen
turbar nuestro reposo. Si deseas
vivir para tu Amalia, mas tranquilo
olvida ese terror que te atormenta.

Ali-Bek. Amalia, yo rezelo que se cumpla
tan terrible presagio, y no sufriera
que acabára mi vida en un suplicio
infame y vergonzoso. No: la afrenta
no es digna de Ali-Bek; si la fortuna
á tan fatal destino me reserva,
vé aquí ya, Amalia, el fin de mis desgracias.

Sacando un pomo con veneno.

De este tósigo fiero la violencia
en breve espacio salvará mi nombre

de la injuriosa muerte que me espera.
Malvados, yo desprecio vuestras iras;
la ambicion otomana satisfecha
quedará por mi mano, y los traidores,
los viles envidiosos que me cercan,
privado de ultrajar á quien tembláron.

En accion de beber: Amalia deteniéndole el brazo.

Amal. ¿Qué vas á hacer, cruel?

Ali-Bek. Dexa, que muera,
como los héroes mueren, si he vivido,
como viviéron ellos.

Amal. ¿Qué te lleva
á tan bárbaro extremo? Si aun me amas,

Arrodillándose, sin soltarle el brazo.

compadece mi suerte: heme aquí puesta
á tus pies, implorando tus piedades
por la vida que adoro; tu terneza,
tu valor, son los únicos apoyos,
que á mi afligido corazon le restan.

Levantándola.

Ali-Bek. Alza del suelo, Amalia; enternecido

Volviendo á guardar el pomo.

me rindo á tu dolor. Mas las cautelas
es forzoso indagar de mis contrarios,

Mirando adentro.

y saber de su boca... ¿Quién se acerca?

SCENA III.

Ismael y dichos.

Ism. Mahomad, pide permiso para hablaros.

Ali-Bek. El infame se atreve mi presencia
á arrostrar sin rubor... Pero salgamos
de dudas de una vez. Dile que venga.

Vase Ismael.

Amal. En tanto que el destino á este tirano
nos tuviese humillados, será fuerza
que no irriten tus iras sus rencores;
solo temo por tí.

Ali-Bek. Nada hay que temas.
Las miradas del justo, aunque oprimido,
aniquilan por siempre la perversa
intencion del malvado, y la descubren.
Retírate, mi bien.

Ali-Bek se sienta.

Amalia yendose.

Amal. ¡Gran Dios! ya llega. *Vase.*

SCENA IV.

Ali-Bek, Mahomad, Ismael, comparsa de Mamelucos.

Arrodillándose, y besando el suelo.

Mahom. Vuestro esclavo Mahomad rendidamente
el polvo que pisais, humilde besa;
Se levanta, y se sienta en otros almohadones.
y aunque puede quejarse del oprobio,
con que lo habeis tratado, solo anhela
á mejorar la suerte de su dueño,
si despreciando vos la vana idéa
de un poder absoluto, mis piedades
queréis aprovechar. Una grandeza,
que subsistir no puede por sí sola,
necesita ceder, y la apariencia
de un pequeño tributo la asegura
el dominio perpétuo. Yo quisiera
por mi mano fixar vuestro reposo;
el Gran Señor, por mí, de vos espera
lealtad y sumision; yo solo puedo,
quando vencido os veis, de la funesta
humillacion libraros, si olvidando

el nombre de Sultan...

Ali-Bek. Malvado, cesa.
¿Hasta dónde tu bárbara osadía
pretendes extender? Dí: ¿qué te alienta
á proponerme un pacto vergonzoso?
Yo soy tu soberano, y la cadena
que ha de oprimir al vencedor de Egipto,
jamas de un vil esclavo recibiera.
Tú me has hecho traicion; tú me has vendido:
si he perdido por tí la pompa regia
digna de mi valor, ¿cómo te atreves
con simulada astucia, de mi afrenta
á dictar el contrato? Yo abomino
quantas ventajas esperar pudiera
de tu exêcrable mano, y aun la vida,
si por tí solamente he de obtenerla.

Mahom. ¿Por qué vuestro furor hace desprecio
de mis fieles servicios? Yo debiera
quejarme mas de vos, y voy á hacerlo:
no ha de humillarse tanto mi obediencia,
que en público infamado, no responda,
quando queréis cubrirme de vergüenza.
La fortuna al nacer nos hizo iguales:
Ibrahim elevó vuestra soberbia,
y vos, por mi valor, habeis llenado

de explendor militar vuestra carrera.
No negaré, que honor y poderío
fuéron de mis hazañas recompensa;
pero en breve perdí la confianza
de vuestro corazon, y ántes que fuera
pública mi desgracia, por dos veces
de mi muerte firmasteis la sentencia.
Pude salvarme, y prófugo, humillado,
vos mismo me obligais á haceros guerra,
y el brazo que se armó por defenderos,
por vuestra culpa contra vos peléa.
Ya estais vencido: en mi poder os tengo,
y quando yo, olvidando mis ofensas,
os propongo los medios de ser libre,
vos ultrajais mi generosa oferta.

Ali-Bek. Basta: que si he sufrido tu discurso
especioso y falaz, es porque veas
que yo tambien en público descubro
de tu infame artificio las cautelas.
Iguales al nacer, ¡quán diferentes
hemos sido en vivir! Yo en mi carrera
semejante al torrente caudaloso
del Nilo bienhechor, que de la tierra
los senos abrasados fertiliza,
logré por mis hazañas que vivieran

en paz y libertad los oprimidos;
y tú por tu avaricia, donde quiera
que mandabas, viviendo aborrecido,
contra tí alzaba el grito la inocencia.
Este luxo brillante que te sigue:
la púrpura, que cubre de esta tienda
los altos pavellones, son el fruto
de tus atrocidades. ¿Y te quejas
de que yo, avergonzado de elevarte
á la prosperidad, al fin quisiera
aniquilarte á tí entre los tiranos?
Compara, desde el tiempo de los Persas,
que de estas costas arrojó Alexandro,
todos los Capitanes de la Grecia,
los Romanos, los Arabes, los Turcos,
todos conquistadores por la fuerza,
á mí, que por hacer feliz á un pueblo,
de esclavitud cargado y de miseria,
con gloria me nombré Sultan de Egipto.
¿Quáles son los servicios que me alegas?
¿Detestable avaricia en el reposo,
y exêcrables maldades en la guerra?
Mis tropas, vencedoras en Damasco,
capitulada ya su fortaleza,
hiciste retirar; y no contento

con tus muchos delitos, la sorpresa
de que víctima soy, es obra tuya.
La sed del oro solo en tí gobierna,
y ni aun mi propia vida de la infamia
de tu codicia vil ha estado exênta.

Mahom. En vano me culpais: si de Damasco
astuto abandoné la ciudadela,
fué por salvar las tropas fatigadas,
sabiendo que marchaba á socorrerla
el numeroso exército otomano;
y por una obstinada resistencia
iban á perecer: debió librarlas
con cauta retirada mi prudencia.

Ali-Bek. No retirada, vergonzosa fuga,
desercion criminal, traicion horrenda
fué tu marcha, Mahomad.... Pero cortémos
de una vez tan odiosa conferencia.
Si has de satisfacerme, que tus tropas
conmigo al Cayro marchen; que obedezcan
á su antiguo Señor: este es el medio
de hacer ménos culpable tu vileza.

Volviéndose á los comparsas.

Mahom. Compañeros; vosotros, que anhelando
á exterminar la destructora guerra,
que el Egipto aniquila, habeis triunfado
de un dichoso rebelde: la respuesta

le podeis dar. El os convida ansioso
á'la revolucion: de su fiereza,
de mi piedad por él, seréis testigos;
y que quando en su vida mis ofensas
vengar pudiera airado, me contento

Levantándose.

con huir para siempre su presencia.

Aparte al irse.

Ya se logró mi astucia: mis delitos
él ha justificado: ahora perezca. *Vase.*

SCENA V.

Ali-Bek, Ismael y Comparsas.

Ali-Bek. ¡Perverso! Mas vosotros, miserables,
que habeis manchado con traicion tan fea
vuestro glorioso nombre, respondedme:
decid, ¿quál es la suerte que me espera?
Ism. Nosotros la ignoramos: nuestro xefe
es el bravo Morad; de su nobleza,
quando os combate, os vence, y os perdona,
vos mismo habeis tenido la experiencia.
Neutral en vuestros odios, jamas quiso
aumentar del Egipto las miserias;
y si ahora ha pretendido sujetaros,
nosotros respetamos la secreta

causa que á ello le mueve; obedecemos
su mandato, y servimos sin afrenta.

Levantándose.

Ali-Bek. Basta; Morad el Bey de Alexandría
sin unirse á un traidor, de mi pudiera
la venganza tomar de sus agravios.
Decidle, que un guerrero nunca emplea
sus armas en socorro del esclavo,
que infiel contra su dueño se revela. *Vase.*

Ism. Si él hubiera tu orgullo sepultado,
vanas reconvenciones no le hicieras,
ni olvidáras tampoco que le debes
ese soplo de vida que te resta. *Vanse.*

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Hassan solo.

Hassan. ¡Con quánta agitacion, con qué temores
me halaga, y me atormenta este momento!
¡O lo que puede la cruel fortuna!
Yo, que tanto anhelaba en otro tiempo
la vista de mi Amalia, y mis placeres,
mis únicos placeres solo fuéron
escuchar de sus labios cariñosos

de padre el dulce nombre lisonjero,
ahora ¡infeliz! su vista y su inocencia
me llenarán de atroz remordimiento.
¿Qué la puedo decir que me disculpe?
¿cómo podré ocultarle de mi pecho
los bárbaros delitos, que insensato
cometí para horror del universo?
No; nada la diré: nada hay que baste
á hacerme ante sus ojos ménos reo.
Mi Dios, mi religion, mi propia sangre
claman por mi castigo; el rostro bello
de la virtud me oprime, me confunde,
y en esta vida empiezan mis tormentos.

Mirando adentro.

Mas ya viene, ¿quál es mi sobresalto,
quál es mi agitacion? Yo me extremezco.

SCENA II.

Hassan y Amalia.

Reconociendo á Hassan, y acercándose precipitadamente.

Amal. El es ¡O padre mio! compasivo
abridme vuestros brazos, que mi seno
de alegría palpite, quando sienta

mi corazon unirse con el vuestro.

Se abrazan.

Hassan. ¡O cara prenda, que á mi desventura
sin duda concedió piadoso el cielo!
en vano tu placer y tu cariño
quiere borrar la angustia de mi pecho.
¡Ah! yo te vuelvo á ver, ¡pero en qué estado!
privada de tu amante, á un yugo fiero
unida con violencia, abandonada
aun de tu propio padre...

Amal. ¡Qué recuerdos
haceis á mi ternura! Qué ¿vos mismo
acusais vuestro olvido? Yo os encuentro
de verme temeroso, y en un trage
que me anuncia.... ¡Gran Dios! Yo no lo creo.
No; tú mi desamparo has permitido,
mas no permitirás, que quando vuelvo
á cobrar á mi padre, esté su vida
manchada con delito tan horrendo.

Hassan. ¡O hija mia! tu padre es delinqüente;
tu padre es infeliz.

Amal. ¿Qué, será cierto?...

Hassan. Sí, Amalia; soy culpado, aunque estoy libre.
falté á mi religion: ese perverso,
que se nombra tu esposo, con su astucia
sorprehendió mi deber, y en el sendero

del crímen conducido por su mano,
añadí la perfidia al sacrilegio.

Amal. ¿Cómo?

Hassan. No es ocasion de revelarte
la série abominable de mis yerros.
El va á morir: su muerte de mis labios
romperá los candados.

Amal. ¡Dios! yo tiemblo.
El va á morir... os hizo delinqüente...
¿tranquilo me anunciais su fin funesto,
á mí, que soy su esposa? Vos... mi padre...
que sabeis con qué amor su noble pecho
se complace en hacerme venturosa,
¿seréis de la traicion el instrumento?
¡Ah! por piedad, decidme, qué os obliga
á tanta crueldad, y si mis ruegos
pueden mover vuestra alma endurecida,
no me oculteis tan bárbaro secreto.

Hassan. Tú le amas, hija mia, porque ignoras;
cómo logró tu mano, y á qué precio;
por mas que sus victorias del Egipto
el vergonzoso yugo sacudiéron;
por mas que su poder y su grandeza
se humille á tu virtud, está muy léjos
de merecer el nombre de tu esposo,
que supo conseguir por viles medios.

Es al fin un esclavo, que eleváron
de la sangrienta guerra los sucesos;
y á pesar de su gloria solo puede
envilecer tu noble nacimiento.

Amal. Mi nacimiento ignoro: mas vos mismo
desde mis tiernos años me habeis hecho
conocer los deberes de una esposa.
Yo los amo, señor, yo los respeto,
como mi religion me los impone.
Entre vos, y mi esposo, sus afectos
divide mi ternura: ¡ah! padre mio,
no me oculteis mi suerte: que á lo ménos
logre saber el verdadero nombre
de quien me ha dado el ser.

Hassan. Ese consuelo
no te puedo negar. Oye, hija mia,
lo que esperas de mí. Yo soy Roberto,
Conde de Basancur: fuí venturoso
en la corte de Francia: el himeneo
de tu madre Adelaida de Vandoma
coronó mi fortuna en otro tiempo.
Amado de mi Rey, y de mi patria,
la envidia, que excitó mi valimiento,
consiguió mi ruina, y desterrado
por la intriga cruel del ministerio,
pensé hallar un asilo á mi desgracia

en un clima ignorado y extrangero;
pero apenas contigo, y con mi esposa
surque del mar los anchurosos senos,
quando de unos piratas la fiereza
nos reduxo á terrible cautiverio.
Tu corta edad, Amalia, te hizo amable
la misma esclávitud, y yo temiendo
que mi nobleza hiciera mas dificil
el rescate anhelado, oculté cuerdo
el nombre desdichado de mi clase;
y de la medicina el arte incierto,
que elegí por alivio de mis penas,
es el fatal orígen de mis yerros.

Amal. Lo es de vuestras virtudes, padre mio:
yo os he visto hacer de ella digno empleo,
socorriendo la vida de mi esposo.
Si él viviese, señor, de vos espero
que olvideis vuestras quejas, vuestras iras,
y abjurando del crímen los excesos,
ante un Dios de bondad, ménos culpable
seréis de sus piedades el objeto.

Hassan se enternece.

¿Mi llanto os enternece? mis suspiros,
de la naturaleza el lazo estrecho

Tomándole afectuosamente la mano.

que nos une, reclaman: vanamente

oponeis á sus voces los esfuerzos
de un odio sanguinario: nada importa
el lustre de mi sangre, si no puedo
conseguir que cediendo á mi ternura,
feliz os haga el arrepentimiento.

Hassan. Sí, yo seré feliz, querida Amalia:
mis delitos borrar en breve espero.
Tú en tanto de Mahomad contemplar debes
el antiguo rencor: no tu desprecio
extienda hasta nosotros su ojeriza.
De mis penas ha sido el compañero:
él te vuelve á mis brazos cariñosos,
quando no lo esperabas.

Amal. El perverso
á su venganza solamente aspira.
Jamas en sus oidos el lamento
del infeliz halló piedad, ni gracia.

Hassan. Procura reprimir tus sentimientos...

Mirando adentro.

Amalia quiere irse, y Hassan la detiene.

él viene: no, no huyas.

Amal. ¿Hasta dónde
quereis, señor, probar mi sufrimiento?

SCENA III.

Dichos y Mahomad.

Mahom. Mi presencia es odiosa á vuestros ojos:
vos ignorais, señora, por qué medios
pretendo asegurar vuestra ventura.
Si Ali-Bek violentó vuestros deseos,
yo procuro romper el triste yugo
que os impuso la fuerza, y solo quiero
que veais en Mahomad, no un vil tirano,
sino un libertador.
Amal. Yo solo veo
en tí un traidor infame, cuya vista,
cuyo artificio soportar no puedo.
Díme, ¿qué libertad; dí, qué ventura
por tí recibiré, si acaso el cielo
me priva de un esposo que idolatro?
Gemir en tu poder, y en llanto eterno
vivir esclava la que fué adorada
del corazon ilustre de un guerrero.
Mahom. Jamas yo por esclava recibiera
muger tan orgullosa. Ese altanero
lenguage no conviene al abatido.
¿Cómo vos, que olvidando á vuestro dueño,
á Morad, que os colmó de beneficios,

habeis á sus amores antepuesto
la fortuna, y la mano de un rebelde,
de ultrajarme teneis atrevimiento?
¿sabeis lo que me debe vuestro padre?
¿sabeis que me acusais, sin conocerlo,
de una traicion, formada por mi astucia,
mas que va á resultar en favor vuestro?
Vos ignorais que ha sido vuestro amante
el que unió su venganza á mis deseos,
aspirando á cobraros por la muerte
de quien os ha robado á su despecho:
y en fin, que le ofrecí vuestra hermosura,
y ayudó mi rencor solo á este precio.

Amal. ¡Yo precio de la sangre de mi esposo!
¡exêcrable maldad! ¡contrato horrendo!
pero digno de tí, digno de un monstruo,
formado por la cólera del cielo,
para sembrar el crímen en la tierra.
Gran Dios, arroja de tu trono excelso
el rayo abrasador, que lo sepulte
del hondo abismo en el obscuro centro. *Vase.*

SCENA IV.

Mahomad y Hassan.

Mahomad quiere seguirla, y Hassan lo detiene.

Mahom. Temeraria...
Hassan. Mahomad, calma tu enojo:
compadece la angustia de su pecho.
Al nombre del delito la inocencia
se asusta facilmente. ¡O! quánto temo
su desesperacion.
Mahom. De mis furores
todos pueden temblar: cada momento
se atreven á insultarme los que deben
respetar de mis iras el incendio.
La rabia me consume y me devora:
la muerte de Ali-Bek sòlo es el medio
de aplacar mi rencor; pero aun respira:
¿por qué tarda en morir? ¿cómo el veneno,
que corre por sus venas, no ha sellado
mi anhelada venganza?
Hassan. En breve espero
que lograda será. Mortal cicuta
he aplicado á su herida; mas su esfuerzo,
con un licor benéfico animado,

que bebió de mi mano, te dió tiempo
para justificarte ante las tropas,
y te libra tambien de los recelos
que su improvisa muerte en contra tuya
pudiera fomentar.

Mahom. ¡O! quánto debo,
Hassan, á tu amistad. Si yo tuviera
el poder de Morad, por otros medios
de una vez acabára con la vida
de mi odioso contrario: mas lo espero
todo de la cautela.

Mirando adentro.

Hassan. Morad viene.

SCENA V.

Dichos y Morad.

Morad. Hassan, Mahomad, en el instante quiero
hablar con Ali-Bek, y dar respuesta
á los cargos que me hace, convirtiendo
en infame baldon nuestra alianza.

Mahom. No te humilles, Morad, hasta ese extremo.
La ponzoña, que corre por sus venas,
asegura la muerte del soberbio:
ya pocas horas de vivir le restan. [cierto...

Morad. ¿Qué escucho? Díme, Hassan, ¿qué? será

Hassan. Sí; cierta es la venganza. Tú no sabes
nada de mis agravios; pero luego
que espire, te diré...

Morad. Nada me digas:
no quiero saber mas. Todo el misterio
que has hecho de tus quejas, no te salva
de ser un asesino, que ha cubierto
de oprobio y de vergüenza mi memoria.

A Mahomad lo que sigue.

Y tú, que has engañado mis deseos
para hacerme testigo delinqüente
de tu horrible perfidia, vete luego,
huye de mi presencia.

Mahom. ¿Por qué causa
te irritas contra mí, quando pretendo
coronar tu esperanza y tus amores?

Hassan. Y yo lavar mi afrenta.

Morad. Lo comprehendo;
pero Ali-Bek sabrá vuestras maldades.

Mahom. ¿Qué vas á hacer, Morad?

Morad. Salvar, si puedo,
ó su vida, ó mi fama.

Mahom. ¿Qué he escuchado?
Sígueme, Hassan; sus iras frustrarémos.

Se van los dos.

SCENA VI.

Morad y Ali-Bek.

Llamándole.

Morad. Ali-Bek.

Al tiempo de salir.

Ali-Bek. ¿Quién me nombra?

Morad. Tu contrario:
el que venció tu brio en campo abierto,
y el que se avergonzára si murieses
al rigor simulado de un veneno.
El corre por tus venas, y á tu herida
lo aplicó la traicion; pero aun es tiempo
de atajar su violencia, si permites
que mi piedad te libre de este riesgo,
quitándote las plantas ponzoñosas
que al sepulcro te arrastran. Yo pretendo
hacerte conocer, quando me infamas,
porque á Mahomád amparo, que mi esfuerzo
abomina su astucia, y mis agravios
satisfago lidiando cuerpo á cuerpo.

Ali-Bek. Generoso Morad, dexa que admire
tu noble proceder; pero no creo
que el padre de mi esposa haya querido
acabar con mi vida. Ella me ha hecho

la tierna relacion de los socorros
que á sus cuidados oficiosos debo.
Yo respiro por él; ¿y qué pudiera
moverle á cometer crímen tan feo?

Morad. Ignoro los motivos: ¿mas recuerda
si enmedio de su largo cautiverio
le hiciste algun agravio? Sobre todo,
piensa que quien negó con juramento
su Dios y religion, nunca perdona,
ni olvida las injurias que le hiciéron.

Ali-Bek. Yo nunca le agravié: si sus temores,
abjurando su ley, le conduxéron
hasta vender infiel su propia sangre:
si por su cobardía me hice dueño
de la preciosa Amalia, ¿qué le obliga
á procurar mi muerte? ¿quál intento
oculta, despreciando mis favores,
quando esperar pudiera de mi pecho
mas noble recompensa, que la infamia
con que Mahomad le brindará por premio?

Morad. Tú me llenas de horror. ¿Será posible
que Hassan cause atentados tan funestos?

Ali-Bek. Hazle venir aquí: yo de su boca
procuraré indagar este secreto.

Morad. Vendrá: te lo aseguro; pero en tanto
tu herida y tu peligro no olvidémos.

Ali-Bek. Tu generosidad, que por dos veces
quiere darme una vida que aborezco,
es mi mayor peligro; si muriese,
de una vez acabarán mis tormentos.
Detesto tu piedad; y de obtenerla
por mano de un contrario me avergüenzo.

Vase.

Morad. ¿Por qué odias el vivir? ¿tú que has logrado
la posesion feliz de mis deseos?
Amalia, por tu llanto, por tus quejas
defiendo á mi enemigo; mas busquémos
á tu pérfido padre, porque muera,
ó revele sus bárbaros intentos. *Vase.*

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Ali-Bek solo; trae una copa en la mano.

Ali-Bek. Cierta es mi muerte: de mi acerba herida
los agudos dolores mal resisto.

Pone la copa sobre la mesa.

No me faltes, valor, quando tu ayuda
para ver mi venganza necesito.
Mortífera cicuta; tu violencia
cese algunos momentos. Solo aspiro

á morir, y que al golpe de mi muerte
el traidor caiga en mi sepulcro frio:
quizá me esfuerzo en vano..... procurémos
prolongar algun tiempo mis martirios.
Sacando el pomo del veneno del tercer acto.
Fiel compañero, tú, cuya fiereza
para salvar mi afrenta se previno,
sirve para vengarme de un malvado,
y será mas glorioso tu destino.
Este licor, que á reparar mis fuerzas
dispuso de un perverso el artificio,
será el medio que dexe eternizado
con horrible escarmiento su castigo.
Echa el veneno en la copa, y se sienta en los almohadones.
¡O corona! ¡ó grandeza! ¿qué se hiciéron
las pompas seductoras de tu brillo?
Como la niebla, al rayo luminoso
del sol brillante, se han desvanecido:
fugaces, como el sueño, ya voláron,
dexando en este pecho dolorido
hondamente gravada su memoria
para ver mi poder envilecido.
Pérfido Hassan, Mahomad abominable,
todo por vuestra causa lo he perdido.
Vosotros gozaréis de mi fortuna,

y yo, que á tanta costa abrí el camino,
recibiré por premio la vergüenza
de que ocupe un tirano mi dominio.
¡O Amalia! ¡ó cara esposa! tu memoria,
tu doloroso llanto, y tus gemidos
en vano me recuerdan tu abandono:
para calmar mis iras, es preciso
olvidar que es tu padre el inhumano
que me arranca la vida, y tu cariño.

Mirando adentro.

El viene; moderémos mi despecho,
ó al ménos procurémos encubrirlo.

SCENA II.

Ali-Bek y Hassan.

Los dos versos primeros aparte al salir.

Hassan. Si sabrá mi maldad: disimulémos
las dudas, y el temor con que vacilo.
Morad me manda venga á tu presencia:
yo obedezco, aunque ignoro los motivos,
y al verte en tal estado, mi deseo
es servir ciegamente á tus designios.

Ali-Bek. Aunque por tanto tiempo retirado,
huyendo los favores con que quiso
honrarte mi poder, te has ocultado,

Amalia te disculpa: ella me dixo
los socorros que debo á tu cuidado;
pero aun sabiendo que por tí respiro,
se atreve la malicia á denigrarte

Hassan se sobresalta.

con voces que profanan mis oidos.
En esa copa, que á mis secos labios
presentáron tus manos por alivio,
dicen que hay un veneno; no lo creo:

Hassan mas tranquilo.

conozco que tú debes en mi auxîlio
emplear el remedio, no la muerte.
Mas para confundir al atrevido
que formó tal calumnia, en mi presencia
el resto del licor bebe tranquilo.

Aparte volviendo sobre sí.

Hassan. Respirémos.
Ali-Bek. ¿Qué dudas? ¿porqué temes?
Hassan. Nada temo, Ali-Bek; pero me admiro
de que puedas creer á quien me acusa
por medio de tan viles artificios.
Aunque estoy agraviado, y tú lo sabes,
yo respeto en tu vida el fiel asilo
de mi querida Amalia, ya que el cielo
te hizo dueño feliz de su alvedrio.
Díme, ¿cómo pudiera su presencia

soportar sin rubor? Yo que he vendido
mi religion, mi sangre, ¿por qué extrañas
que me oculte, viviendo fugitivo?
Manchado con el crímen horroroso
de un negro sacrilegio, alzaba el grito
contra mí la virtud, y ante su trono
la inocencia clamó por mi castigo,
¡Ah! que el remordimiento del culpado
jamas pudo acallar el poderio:
jamas el criminal halló en el lecho
el descanso á los justos concedido.
Pero no es mi deseo con razones
desvanecer tus dudas: no resisto
apurar el licor, para que veas
á los que me acusáron desmentidos.

Toma la copa, y bebe.

Levantándose con dificultad.

Ali-Bek. Sí, te verán, traidor, en breve espacio
sepultado en los senos del abismo.

Hassan. ¿Qué dices, Ali-Bek?

Ali-Bek. Que ya tu muerte
no puedes evitar. ¿Pensaste, iniquo,
gozar impunemente tu venganza?
No: mas pronta es la mia, y mas activo
el tósigo, que corre por tus venas,

asegura mi triunfo, y tu extermino.

Has. ¿Qué has hecho, hombre cruel? ¡O Dios eterno!
suspended un momento mi castigo.

Llorando.

Pueda mi llanto en mi postrera hora
acordaros que sois un ser benigno.
¡O Amalia!

Ali-Bek. No la nombres.

Hassan. ¿Qué, tirano?..
¿pretendes que mis últimos suspiros
no exhale entre sus brazos? Hija mia.

Llamándola.

SCENA III.

Dichos y Amalia.

Al tiempo de salir.

Amalia. ¡Qué lamentable voz! ¡O padre mio!

Sobresaltada, observando á su padre.

¿Por qué temblais? ¿qué horror os sobresalta?

A Ali-Bek.

¿qué es esto, amado esposo? ¿Confundido

Ali-Bek vuelve el rostro.

de mí apartas los ojos?

Hassan. Ven, Amalia:

Amalia se acerca, y le toma la mano.

ven por la última vez á dar auxîlio
á tu infelice padre: huye ese tígre;
por su cruel astucia yo he recibido
la muerte en esa copa.

Ali-Bek. ¿Y tú qué has hecho?
No ocultes tu perfidia.

Amal. ¡O Dios, qué he oido!

Ali-Bek. No, no lo compadezcas: de su mano
recibí el mismo don. En vez de alivio
á mi herida aplico mortal veneno.
Sábelo todo, pues; él te ha vendido:
reconozcan tus ojos el contrato,

Sacando un papel, y dándoselo á Amalia: ella lo lee sobresaltada, mientras los versos de Hassan, hasta que empieza á hablar.

que á mi poder te traxo.

Hassan. ¿Cómo, impio,
te atreves á ocultar que tus cautelas
fuéron causa fatal de mis delitos?
¿Quién me llevó al Harem del Bey tu dueño?
¿quién, por su misma guardia sorprehendido,
me obligó con la fuerza á que vendiese
á mi Dios, y á mi hija?

Amal. ¡O asesinos

dé toda mi terneza! basta, basta;
no destrozeis mi corazon unidos
por medio de tan bárbaros tormentos:

A Ali-Bek.

y tú, esposo cruel, que vengativo
no pensaste que si era delinqüente,
era mi padre al fin, ¿así has podido
pagar mi fé, y mi amor?

Llorando.

Ali-Bek. ¡Y tú te olvidas
de que él es mi verdugo!

Amal. No me olvido.

Con la mayor desesperacion. A los dos.

¡ah! ¡bárbaros! Gozad de mis angustias:
gozad de mis tormentos; mis martirios
sacien vuestro furor.

Hassan. Amada prenda...
por mis miembros se esparce un sudor frio...
que me anuncia la muerte... Sí: la muerte...

Lo siguiente en la mayor agitacion.

estos son sus dolores... ¿Qué improviso
ardor siento en el pecho? No me huyas

Amalia quiere retirarse horrorizada: él la detiene, y se apoya en sus brazos. Amalia, miéntras habla, tiembla.

en tan terrible trance... yo te pido

perdon de mis ofensas; por borrarlas
el último atentado he cometido...
Penas sin fin... eternas maldiciones...
mi nombre cubrirán.

Amal. Yo me horrorizo.

Hassan. Sí... llénate de horror... mira el tirano...
en mis ansias atroces complacido...
Qué fuego intenso... qué mortal congoja...
devora mis entrañas... qué delirio...
perturba mi razon...

Alzando la voz.

Amal. ¡O Dios eterno!
Piedad, clemencia.

SCENA IV.

Dichos, Morad, Ismael, y Comparsa.

Al entrar á los suyos.

Morad. Entrémos... ¿Mas qué miro?

Reparando en Hassan, apoyado en los brazos de su hija.

Ali-Bek. Tu venganza y la mia.

Amal. Tu fiereza
dirás, hombre cruel... ¡O! qué oprimido
siento mi corazon... Qué negras sombras...

me privan de la luz... cielos... yo espiro.

Cae desmayada en los almohadones, y dexa caer el papel que tenia en la mano. Hassan queda apoyado en Ismael, y un comparsa que llega á sostenerle.

Ali. Esposa. *Acercándose á ella con trabajo.*

Hassan no queriendo que Ali-Bek se acerque á ella.

Hassan. No la insultes.

Morad impide que se acerquen, é incorpora á Amalia miéntras dice los versos siguientes.

Morad. Deteneos,
hombres abominables; no permito
la deis socorro alguno; yo soy solo
quien debe procurarla algun alivio.

Hassan. Hija mia... tu padre entre sus brazos...

A Ali-Bek.

no volverá á estrecharte.. Monstruo digno...
de toda exêcracion... la voz me falta...
pronto al sepulcro... baxarás conmigo.

Queda sin poder hablar, con ansias de morir, en brazos de Ismael y el comparsa.

Ali-Bek. Sí, yo descenderé; pero vengado.

Acercándose mas á Amalia, y quedando arrodillado inmediato á ella.

Solo, adorada Amalia, tu cariño

me hizo ámable la vida; este consuelo
en breve perderé.

A Ismael, que con algunos comparsas retiran á Hassan.

Morad. Retira, ámigo,
este objeto infeliz, y no su vista
vuelva á excitar de nuevo sus gemidos.

Cogiendo el papel que dexó caer Amalia, y pasando la vista por él con precipitacion.

Quizá en este papel... ¿Pero qué veo?
Ya está todo el misterio conocido.

Habiéndola observado.

Ali-Bek. Ya se cobra; ya abrió los bellos ojos.

Todo esto fuera de conocimiento.

Amal. ¡Mísera! ¿dónde estoy? ¿Por qué respiro?
¿A dónde fué mi padre? ¿Qué letargo
abate y enagena mis sentidos?
¿Qué, no me respondeis? ¿Quién sois vosotros?
¿A dónde está mi esposo?

Ali-Bek. Aquí, bien mio.

A la voz de Ali-Bek, Amalia se levanta, y se retira horrorizada: Ali-Bek queda apoyado en los almohadones con el mayor abatimiento.

Amal. ¡Ay! sí: te reconozco; de mi padre
la sombra ensangrentada está contigo.
El te arrastra á la tumba. Horrible imágen,

cesa de atormentarme. Yo te sigo
á la mansion del llanto...

Con desesperacion.

Ali-Bek. Sus dolores
nuevo rigor añaden á los mios.
¿Por qué tardo en morir?

Tomándola la mano.

Morad. Sensible Amalia,
no cedas á la fuerza de un delirio,
que aumenta mis pesares.

Volviendo sobre sí, y llorando.

Amal. Tú no sabes
quál es mi desventura, hombre benigno.
Contempla mis tormentos... Pero en vano
para explicarte mi dolor me animo.
¡O, quánta es mi desgracia! Yo inocente,
soy causa de tan bárbaros delitos.
Solo, Morad, en tu piedad espero;

Arrodillándose con la mayor afliccion.

mis lágrimas la imploran: yo te pido
á tus plantas postrada, me concedas
la libertad, que nunca he conocido.
Y si puede moverte la memoria
de mi madre infeliz, enternecido
premia con esta gracia las virtudes,
las tiernas esperanzas con que hizo

feliz nuestra niñez: conozca al ménos
la patria, donde el cielo compasivo
reparte de la paz los sacros dones;
sacame de estos climas enemigos,
de esta mansion de fieras, cuya sangre
baña el trono feroz del despotismo.

Levantándola.

Morad. Alza del suelo, Amalia: ¿qué pudiera
tu llanto suplicar, que el pecho mio
se negára á cumplir? Mi amor, mi gloria,
todo se humilla á tu adorable hechizo,
todo te lo concedo; que tu esposo,
ántes que muera, sea fiel testigo
de mi oferta inviolable: quanto logre
volver Alexandría, tus suspiros
aliviará la libertad amada;
y olvidando mi amante desvarío,
te ofrezco que mi amparo y mis riquezas,
te lleven hasta el Sena sin peligro.

Ali-Bek. ¡O generosidad que me confunde!

Amal. Morad, que tu virtud quede á los siglos
por monumento eterno de tu gloria,
y publicando yo tus beneficios
en la region de Europa, que tu nombre
sea por las naciones bendecido.

SCENA ULTIMA.

Dichos, Ismael y Comparsas.

Ism. Señor, espiró Hassan; y temeroso
Mahomad de vuestras íras, ha partido
precipitadamente con sus tropas,
abandonando el campo á nuestro arbitrio.

Morad. Con razon teme el premio que prepara
á su traicion mi brazo vengativo.
Huya esta vez; mas tiemble de mi pecho
el furor irritado: si escondido
en el profundo seno de los mares,
en el desierto inmenso, en el abismo
se oculta á mi rencor, en parte alguna
se podrá libertar de mi castigo.

Ali-Bek. ¡Oxalá que mi mano en su vil sangre
se pudiera bañar!... Desfallecido
me siento por instantes. Cara esposa,

A Amalia lo que sigue.

no me prives, cruel, en tal conflicto
de tus tiernos cariños, no: tu pecho
desconoce el rigor; yo te he perdido...
pero yo te he vengado... Aquel infame,
del nombre de tu padre no era digno.
Ven, adorada Amalia, que tu mano

estreche al espirar.

Amalia compadecida, se acerca y le da la mano. Sus movimientos, miéntras habla Ali-Bek, indican el terror y la compasion sucesivamente.

Amal. Yo no resisto
á su mortal congoja este consuelo.

Besándola.

Ali-Bek. ¡O mano deliciosa; ya no aspiro
á gozar otro bien sobre la tierra.
Escúchame, Morad; de tu eroismo,
de tu alma generosa las bondades
me tienen admirado y confundido.
Tú sabes mis hazañas... y qual era
la empresa que intentáron mis designios...
Tú puedes consumarla... de la gloria,
del explendor del trono... los caminos
abrirá tu valor... Sí; tú mereces
el nombre regio de Sultan de Egipto.
Alivien tus piedades... la cadena
con que estos pueblos gimen oprimidos.

Los quatro versos siguientes los dice esforzándose todo quanto le permite su estado moribundo.

Tiemble Constantinopla, tiemble el orbe,
si intentase abatir con yugo impío

nuestra heroyca nacion, que del Caucaso
descendió hasta las márgenes del Nilo.
Yo te dexo el exemplo... El Cayro, el Delta,
la Siria toda fué mi señorío.
Todo te acordará la independencia
con que fué soberano mi dominio.
Síguelo derramando, no la sangre...
sino el favor, que implora el afligido...
Nunca el rigor... conquista los afectos;
si pones esta máxîma en olvido...
Quizá, corriendo el tiempo... en estos climas
serán los Mamelucos maldecidos...
Quizá de Europa... una nacion guerrera
á exterminar vendrá su poderío...
Véngame de Mahomad... Colma de Amalia...
los votos suspirados... Compasivo...
llora mi muerte... mira mis congojas...
y siempre... en tu memoria... ¡ó Dios!... espiro.

Muere. Suelta la mano de Amalia: ella se retira horrorizada: Morad la sostiene, y hace señal á los Comparsas de retirar á Ali-Bek.

Cae el telon.

FIN.

DRAMA
INTITULADO
LA ÓPERA CÓMICA
EN UN ACTO.

MÚSICA DEL SR. DOMENICO DELLA MARÍA.

TRADUCIDA

POR D. VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

FLORIMON. *Señor Bernardo Gil.*

LAURA. *Señora Laureana Correa.*

ARMANDO. *Señor Eusebio Fernandez.*

UN CRIADO.

Salon: á la izquierda una grande vidriera que da á la calle, y se cierra y abre arbitrariamente: habrá un piano, un buró, instrumentos músicos de todo género, libros, partituras, y todo quanto manifiesta el gusto de un hombre apasionado de las bellas artes: todo está sin órden: en el fondo la puerta de la habitacion de Laura.

ACTO ÚNICO.

SCENA PRIMERA.

Florimon solo.

Flor. Es preciso convenir en que los dias son demasiado cortos para un autor dramático, que no puede vivir sin componer, ni quiere faltar á la primera representacion de una pieza: en la de hoy me empeño tanto mas quanto es de un sugeto que me interesa infinitamente. Con todo, no saldré sin que mi sobrina me cante el pasage de mi romance: todavía no ha penetrado la fuerza de la expresion; y no me admiro: hace algun tiempo que anda distraída y pensativa. A pesar de la soledad en que vivimos (soledad necesaria y muy bien calculada por mí) me parece que su corazon no está tranquilo... Yo quiero indagar, si es posible, la causa: tengo un medio... pero ella viene: vaya, acaba de llegar, querida Laura.

SCENA II.

Florimon y Laura.

Flor. Ya ves que tu música no corresponde á mis palabras.

Laura. El defecto consiste en vm.; pues los dos últimos versos estan mal cortados; y así jamas harán efecto.

Flor. Pues yo te digo que consiste en la música: piensa bien que en la pieza el romance es para el momento de la declaracion.

Laura. Vaya pues; atienda vm., y quedará desengañado.

Canta.

¿Cómo guardar un secreto
que el alma está publicando?

Ya vé vm. que estos dos versos no vienen...

Flor. No: no soy de tu parecer.

Duo.

No, no, no: no estoy contento:
vuelve, vuelve á comenzar;
ese canto triste y frio
la ternura pinta mal.

Laura. No tienen fuego los versos:

nada puedo adelantar;
una expresion halagüeña
nunca podrán inspirar.

Flor. Es una declaracion...

Laura. Sí señor; lo entiendo bien.

Flor. De la mas tierna pasion.

Laura. Es verdad, muy bien lo sé.

Flor. En tu acento nada escucho
que me lo pueda expresar;
que ese canto triste y frio
la ternura pinta mal.
Evitémos languideces;
vuelve, vuelve á principiar.
Es una declaracion.

Laura. Sí señor; lo entiendo bien.

Flor. De la mas fina pasion.

Laura. Es verdad, muy bien lo sé:
pero en los versos no hay nada
que bien lo pueda expresar.

Flor. En tu acento nada escucho
que bien lo pueda expresar.

Laura. Por mas que haga, nunca podré dar expresion á estos dos versos.

Flor. Haz sin embargo el ritornelo, que yo voy á pensar en ello. *Se sienta al buró.*

Laura. ¡Bien por mi vida! ahora se pone á trabajar... precisamente es esta la hora (ó lo será muy pronto) en que Armando se pondrá á su ventana: y si mi tio no se va...

Flor. ¿Pues qué no he de salir con ello? por fuerza: me obstinaré. Estos compositores son terribles: siempre es preciso pasar por todo lo que se les antoja: es necesario quitar, suavizar, cortar: en fin, esta es la regla; todo se ha de sacrificar á los músicos.

Se levanta.

Para que del gusto sean
de los músicos los versos,
á su arbitrio es necesario
treinta veces componerlos:
quitan la sal de las coplas,
con sus fugas y gorgeos,
ignorando que sus rasgos
no son siempre pensamientos.

Laura. Escúcheme vm. ahora.

Hácia la sátira muestran
los poetas mucho afecto,
mas con los compositores
debieran ser mas atentos;
pues aunque sus versos sean

numerosos y perfectos,
muchas veces nuestros rasgos
les sirven de pensamientos.

Flor. ¿Cómo? ¿epígramas á mí? muy bien: ya verás... ya verás los dos versos.

Aparte.

Laura. Esto será nunca acabar.

Flor. Ya se me han ofrecido: velos aquí.

Es del objeto que adoro;
ya no es mio mi secreto.

Esto es: yo creo que se puedan acomodar: vamos; haz la prueba.

Laura. Sí señor, sí; se acomodarán.

Flor. Pues bien, ¿qué haces ahí? siempre distraída... ponte al piano: trabaja, querida Laura: acuérdate que solo á tus talentos has de deber tu establecimiento; porque yo no quiero dar tu mano sino á un profesor distinguido: estoy pensando en ello: adquiere perfeccion, y te caso... trabaja, trabaja.

Laura. Pero tio, mis progresos serían mucho mas rápidos si tuviese algun estímulo: carezco de consejos: casi nunca oigo música: me lleva vm. raras veces á la ópera; á nadie recibe: siempre sola... ¿cómo quiere vm.?...

Flor. No te enfades, querida: tengo motivos para no recibir gentes; y no te estará mal. Como he dicho, yo mismo quiero elegirte marido: hace tiempo que pienso en un sugeto, el qual, atendidas todas las relaciones, debe convenirte: le conozco, tiene talento, es bien nacido, y segun lo que imagino... será de tu gusto.

Laura. ¿Cómo? ¿ya piensa vm. en sugeto determinado?

Flor. Sí; y estoy seguro de que merecerá toda tu aprobacion.

Laura. Señor, ya son las ocho, ¿no me dixisteis que os avisára porque la pieza nueva?...

Flor. Dices bien: no hay duda... dexémoslo todo:

Aparte.

esta pieza me interesa mucho; por dicha es en un solo acto: no estaré mucho tiempo en el teatro.

SCENA III.

Laura sola.

Laura. Dice que trata de casarme... ¿pero con quién será? Tal vez me hubiera atrevido á confiarme de él; pero ahora que tiene otras idéas...

un jóven que conoce mucho... Sin embargo, es bien seguro que yo no podré amar sino es á Armando: esta es su carta: alojado en frente de casa, como no puede verme sino en el teatro ó en el paséo, me pide un rato de conversacion? en esta ventana frontera á la suya: ¿qué haré ¿qué partido tomaré? hablar de esta manera con un jóven; aprovecharme de la ausencia de mi tio, quando me destina á otro, ¿no sería reprehensible? sin duda alguna: esto es hecho; de ningun modo le hablaré... ¡pero cielos! este es el sonido de su guitarra, y la señal convenida: si le oigo, es bien á mi pesar... y estoy muy decidida á no hablarle... quisiera saber qué es lo que toca: desde aquí casi nada se percibe... acercándome á la ventana sin abrirla...

Se acerca.

La sonata es graciosa... ¡ó Dios!... canta... todo lo va á descubrir.. me nombra... ¡qué imprudencia!... es preciso que entreabra un poco la ventana... en realidad yo no quiero hablarle; pero es forzoso decirle que calle...

Abre la ventana.

SCENA IV.

Laura, y Armando á la parte interior.

Laura. Suplico á vm., señor Armando, que calle; porque me hace temblar... No señor; me es absolutamente imposible salir á la ventana á hablar con vm...: ya lo sé todo... muy bien se oye todo; y así hable vm. mas baxo... ¿qué dice vm.? ¿si le amo? no puedo responder á esto, y ahora mucho ménos: vm. no sabe lo que hay; y aunque le amára, no debería decírselo, ni aun confesármelo á mí misma: retírese vm... ¿qué?... Un poco mas alto; no oigo nada... ¿Recibir á vm. miéntras mi tio está fuera? ¡qué locura! además de eso, la pieza se acabará pronto, y mi tio volverá á trabajar: ya sabe vm. su manía por hacer planes de Comedias que nunca puede concluir; y como ahora hace una... Sí: está haciendo una Opera Cómica, en la que todo será llorar... ¡ó! se ocupa en ello con mucha seriedad; pero no puede salir con la empresa... Y yo hago la música... ¿por qué tanto mejor?... ¡Ah! si vm. tiene medio para presentarse, es muy distinto; pero á lo ménos será sin

mi consentimiento, y además dudo mucho... mi tio á nadie recibe, y de nada le serviría á vm., pues él tiene ya sus miras... ¿Si teneis la dicha de acertar? ¿pero en qué?... ¿es un secreto?... ¿recibido en esta casa?... ¿y hoy mismo? ¿cómo podeis presumirlo?... ¡Dios mio! ¡se ha vuelto loco! Vamos, ya basta, ya basta: buenas noches. *Se retira.*

Aun sigue con su guitarra: no la dexará: callad por Dios; yo os lo suplico. *Cierra.*

Siempre os entenderé;
no canteis: ceded á Laura,
que siempre creerá escucharos
aun quando no escuche nada.

SCENA V.

Laura continúa.

Quando un corazon se rinde,
sabe amar, y el gusto llena,
cierto de ser conocido,
¿por qué el silencio le cuesta?

Mira por la vidriera.

En fin ya se ha ido, ¡qué trabajo me ha costado!

¡Qué imprudente es el amor!
siempre quiere estar hablando;
como si las voces fueran
su alimento necesario:
una palabra destruye
su dicha; y por el contrario,
sabiendo callar á tiempo
queda mas asegurado.

En este tiempo, poco se acostumbra esto.

Si su mérito y ternura
quiere con fuego expresar,
aturdiendo á quien lo escucha,
su querida hace temblar:
cree que nunca ha dicho nada,
quiere lucir sin cesar:
amantes y literatos,
¿no sabrán nunca callar?

Voy á ponerme al piano... ¡cielos!... me parece que oigo á mi tio: no habrá hallado asiento. Pronto, pronto la otra area suya.

SCENA VI.

Laura, y Florimon se pasea pensativo.

Flor. ¡Armando!... ¡Armando!... ¡ah! ¿quién lo hubiera creído?

Laura. ¡Armando!... ¿qué será lo que dice?

Flor. ¡Qué empeño! ¡qué atrevimiento!

Laura. Estoy temblando.

Flor. ¡Atreverse á un empeño tan dificil, y acertar!... ¡Con qué placer, con qué benevolencia ha sido escuchado!

Laura. Vaya; esto es que lo ha oído todo.

Flor. Y yo simple espectador...

Laura. No hay duda: estaba allí.

Flor. ¿Y yo sería testigo de esto sin inflamarme, sin que mi imaginacion se exâlte?...

Laura. ¿Cómo? querido tio, ¿vm. ha sido testigo?...

Flor. Por desgracia no he oído todo, pues llegué al acabarse.

Laura. Tanto mejor.

Flor. Pero he adivinado todo.

Laura. Tanto peor.

Flor. La obra es excelente: el desenlace picante, y la música deliciosa.

Laura. ¿Cómo?

Flor. Sí: la música... pero á tí te se pasó la hora; me avisaste tarde, y por eso no he llegado sino al fin de la pieza: ahora acabo de salir.

Laura. Esto es otra cosa: respirémos.

Flor. Ha sido celebrada con el mayor extremo; y la ha compuesto un jóven llamado Armando.

Laura. ¿Armando, decís?

Flor. Sí; Armando: él es su autor.

Laura. ¡Armando!

Flor. Armando: un jóven; pero de un talento grande, singular: ¿y qué? ¿por ventura habrias oído hablar de él?

Laura. Yo, señor...

Flor. Y bien: responde, ¿le conoces?

Laura. Me parece que sí... es uno que un dia estaba por casualidad...

Aparte.

Flor. Por casualidad.

Laura. Sí; en nuestro mismo palco, y á quien hemos encontrado muchas veces despues en el teatro.

Flor. Tambien por casualidad.

Laura. Muchas veces han hablado vms. de comedias.

Flor. ¡Ah!... ya me acuerdo: un jóven muy digno de estimacion.

Laura. Sí señor.

Flor. ¿Muy bien formado?

Laura. Cabal.

Flor. ¿De una presencia que desde luego habla en favor suyo?

Laura. El mismo... ¡ah! ¡si me atreviese!...

Aparte.

Flor. Estoy en el caso. Muchas veces he preguntado por él: por todas partes se le buscaba.

Laura. ¡Cielos!

Flor. ¿Pero querrás creer que no ha sido posible hallarle?

Aparte.

Laura. Muy bien lo creo.

Flor. Como si hubiese razon alguna para no disfrutar de semejante satisfaccion.

Aparte.

Laura. No ha sido poca fineza. Tio, me parece que no ha mucho me habló vm.... de un matrimonio.

Flor. Sí, querida: te he prometido un esposo; y en fin, quiero que sepas quál ha sido mi eleccion: pero ántes de pasar mas adelante, es preciso saber si será de tu gusto.

Laura. ¿Cómo se llama?

Flor. Si no te acomodase...

Laura. Vaya, explíquese vm.

Flor. Una vez que quieres saberlo...

SCENA VII.

Los dichos y un criado.

Criado. Aquí traen una carta para vm.

Flor. Verémos... ¡ah! ¡Armando!... *Aparte.*

Laura. Dígame vm. cómo se llama.

Flor. Ten un poco de paciencia.

Aparte.

Una carta de Armando: vé aquí una rara casualidad: leamos apriesa. ¡Ola! ¿versos?

Lee.

Un jóven autor, que espera
verse de vos protegido,
os suplica muy rendido,
que acepteis su obra primera:
de este modo considera
que se libre de la impía
mordaz crítica del dia,
para quando se publique:
permitid que os la dedique,
y perdonad la osadía.

¡La dedicatoria de su obra! Sí, seguramente la admito: me hace mucho honor: prosigamos.

Lee.

P. D. – He sabido en el mundo literario, donde lograis tanto crédito... ¿Donde logro tanto cré-

dito? ya, ya lo veo venir.

Laura. Ea, ¿me dice vm. ó no el nombre?

Flor. Ahora me ocurre un negocio importante: déxame un rato.

Laura. ¡Qué pesadez! pero es preciso tener paciencia.

SCENA VIII.

Florimon solo.

Flor. "He sabido en el mundo literario, donde »lograis tanto crédito, que componeis una ópe»ra: la casualidad me ha ofrecido algunas ideas »sobre un plan muy poco diferente del vuestro: »desde luego abandono el mio, y os ofrezco mi »trabajo, el qual, tal vez, puede seros útil."

Dexa de leer.

Muy bien: no es malo el modito con que el caballero procura introducirse: no me gusta mucho este medio: el tal señor piensa que yo soy algun tio de comedia: no importa; que venga, y la representarémos. Ya verá si es fácil hacerse sobrino mio contra mi voluntad: es preciso recibirlo: quiero conocer los sentimientos de mi sobrina; saber si ha tenido la imprudencia de consentir en esta cautela, y olvidar que yo solo soy quien puede disponer de su mano: escribamos:

Llama, y comparece un criado.

¿espera alguno de parte del señor Armando?

Criado. No señor; él mismo está en la antesala.

Flor. ¿El mismo? pronto; que entre. ¡Armando en persona! ¡qué empeño! ¡qué política! ¡O! es preciso que yo corresponda á su proceder.

SCENA IX.

Florimon y Armando.

Flor. Señor, ¡quánto esta visita
ahora me lisonjea!

Arm. Es un deber, que pretendo
desempeñar con presteza.

Flor. Un deber - yo os felicito
de un honor que así os eleva.

Arm. Mucho mas que á mi talento
debo el acierto á mi estrella.

Flor. Haréis muy grandes progresos.

Arm. Feliz si tal consiguiera.

Flor. ¿Dudaréis de lo futuro?

Arm. Mas...

Flor. Lo mas ya es cosa hecha.

Arm. Todo se ha hecho mejor
de lo que esperar pudiera.

Flor. No lo dudo: este mancebo *Aparte.*
habla con mucha cautela.

Arm. El viejo cayó en la trampa.
Flor. Mas, prudencia.
Arm. Mas, prudencia.
Los dos. Mas, prudencia es menester.
Flor. Es fortuna acertar tanto
en edad tan verde y tierna.
Arm. Vuestro voto es lo que mas
mi amor propio lisonjea.
Flor. Cada vez de esta visita
me doy mil enhorabuenas:
¡quánto nuestros compañeros
se llenarán de tristeza!
Arm. Es un deber, &c.

Repiten hasta acabar el dueto.

Flor. ¿Pero dónde estaba vm. durante la pieza?

Arm. En un rincon esperando mi sentencia.

Flor. Ha sido de las mas favorables... pero despues de aceptar con gratitud la dedicatoria que me hace vm. de su graciosa obrita, vamos á lo esencial... á la post-data.

Arm. Parece que toma calor: esto es muy bueno.

Flor. Quiero decir: á la pieza, de que ya se habla en el mundo literario; y sobre la qual casualmente le han ocurrido á vm. algunas ideas.

Aparte.

Arm. Yo no sé una palabra de su plan; pero ya

estoy introducido: ¿no está vm. componiendo una ópera-cómica?

Flor. Es cierto; pero, amigo, no será justo que pierda vm. el fruto de sus vigilias.

Arm. Sí; mis vigilias en la ventana. *Aparte.*

Flor. Vm. ha trabajado por su parte, yo por la mia; nada hay perdido: reunirémos nuestros talentos, y trabajarémos juntos.

Arm. ¡Bravo! ¡bravo!

Flor. Todo está arreglado: harémos una obra entre dos: no es maravilla, porque en el dia todo se hace por compañías.

¡Quántas nuevas sociedades
se ven hoy desarrollar!
Sociedad sobre diarios,
sociedad sobre la paz,
sobre el crédito y los fondos,
y aun sobre dramatizar:
en dinero y en ingenio
todo va por sociedad.

Arm. Muy bien.

Mas sin embargo de tantas
sociedades como hay,
sobre el escribir diarios,
sobre la quietud y la paz,
sobre el crédito y los fondos

y aun sobre dramatizar:
en dinero y en ingenio
se hace quiebra en sociedad.

Flor. Nada hay que temer: ¿con que tiene vm. algunas ideas?

Arm. Sí; pero confusas.

Flor. ¡Confusas!... ¿sabe vm. la materia de mi asunto?

Arm. Conozco el fondo; pero vm. me explicará las particularidades.

Flor. ¿Estamos conformes sobre el lugar de la scena?

Arm. Sobre eso sí; muy conformes.

Flor. Vm. la pone...

Arm. Yo la pongo... pero eso es segun...

Flor. ¿Pero en la ciudad, ó en el campo?

Arm. Si fuera en el campo... en la ciudad...

Flor. Ya veo que vm. está por el campo.

Arm. No hay tal: en la ciudad... ciertamente: en la ciudad.

Flor. ¿Y el género de la obra?... ¿los principales caractéres?

Arm. ¿El género?... el mismo que vm. ha tomado: en quanto á los caractéres... verémos... segun la scena; y además ¡hay en el dia tantas comedias sin carácter alguno!... En quanto á esto, vm. dispondrá.

Flor. Me conformo; ¿pero la intriga? Ya tendrá vm. alguna premeditada.

Arm. Ciertamente que tengo una intriga; y en verdad que eso es lo que ahora me tiene mas embarazado, y no veo cómo he de salir.

Flor. Pues bien: verémos cómo vm. sale de ese aprieto, y yo podré presentar á vm. algunos incidentes que enreden la cosa.

Arm. Bastantes veo: el desenlace es el que no penetro: por lo demas, estamos convenidos casi en el todo.

Flor. Sí: su plan de vm. conforma perfectísimamente con el mio: vamos, trabajemos.

Pónese al buró, diciendo aparte.

Ya veo que no sabe ni una palabra de mi plan: me divertiré un rato.

Arm. Procuraré estar muy sobre mí. *Aparte.*

Flor. Acérquese vm.: con franqueza, mi querido colaborador: como si estuviera vm. en su casa.

Miéntras dexa el sombrero, dice aparte.

Arm. Bravo: ya estoy introducido en la casa.

Flor. He adelantado poco: tengo todavía el plan confuso: casi es menester formarlo.

Arm. Tanto mejor. *Aparte.*

Flor. Pero voy á instruir á vm.: estos son, con poca diferencia, los personages.

Arm. ¿Sabe vm. que es cosa muy graciosa habernos encontrado en un asunto mismo?

Flor. Muy graciosa en efecto. - Un tutor, una pupila, y un amante de ésta: ¿entrará el amante, ó no?

Arm. Sí señor; debe haber un amante de la pupila: lo mismo habia yo pensado.

Flor. Ya tenemos pupila y amante: éste estará muy enamorado; será astuto, y procurará introducirse en casa del tutor. ¿Se introducirá, ó no?

Arm. No hay que dudar: se debe introducir.

Flor. Sea enhorabuena; ¿pero ha de ser consintiéndolo la querida?

Arm. No señor; el jóven debe introducirse con algun pretexto honrado.

Flor. Baxo un pretexto honrado... Eso me parece mejor: ea, pues; supongámosle introducido: pero ¿es amado? ¿y lo sabe?

Arm. Veamos: yo me pongo en su lugar. No debe saberlo: porque si yo me viese en igual caso, sabiendo que era correspondido, iria á buscar al tutor sin mas rodeos; así es que debe entrar en la casa para saber si alcanza correspondencia.

Flor. Ya; ¿y eso entraba en su plan de vm.?

Arm. Seguramente, así lo habia imaginado.

Flor. Muy bien: una vez que el jóven ya está en

la casa, y no sabe si es correspondido, es preciso que busque algun medio para ver á la pupila.

Arm. Ciertamente: ese es el enlace de la pieza: pero ¿quién nos hará la música?

Flor. Eso es lo de ménos: yo tengo aquí en casa una virtuosa á mi disposicion; mi sobrina.

Se levanta.

Arm. ¿Su sobrina de vm.? ¡una muger para hacernos la música! Vaya, no hay que perder ni un minuto: es preciso que venga al momento esa señorita para tomar la situacion, y aprovechar el tiempo...

Flor. Sosiéguese vm.: yo le explicaré la situacion: pero no nos separémos de la qüestion: ántes de pensar en la música, acabemos el plan. Se trata de saber si el jóven es amado.

Arm. ¿Y cómo se ha de hacer?

Flor. Para estos casos las comedias nos presentan diferentes medios: por exemplo, se podia recurrir á una carta... una conversacion entre los dos jóvenes...

Arm. Eso sí: estoy por la conversacion.

Flor. Pues yo no: de ningun modo: mucho mas gracioso sería el darle á entender todo al jóven delante del mismo tutor, sin que éste se recele de nada.

Arm. La scena ofrece dificultades.

Flor. Yo no las hallo: vm. no conoce mi método: quando las posiciones ofrecen cierto embarazo para proporcionar las entradas, y juzgar mejor del efecto, dispongo la estancia, coloco las luces, y ensayo mis scenas con uno ó dos amigos: de este modo se situan los personages, se juzga mejor, y se ve todo.

Arm. El medio es excelente: distribuyamos los papeles.

Flor. Yo haré el tutor; porque al cabo de tutor á tio no hay mucha diferencia.

Arm. En efecto, casi es lo mismo.

Flor. Vm. hará el amante.

Arm. Si á vm. le parece... ¿y la pupila?

Flor. Mi sobrina, señor; mi sobrina.

Comparece un criado.

¿La flor? que venga la niña al instante.

Vase el criado.

Arm. ¡Su sobrina de vm.!... perfectamente, señor; maravillosamente.

Flor. ¡O! vm. no la conoce, que si la conociera, sabria que puede representar muy bien este papel.

Arm. ¿De veras?

Flor. Estoy bien seguro: para esto es menester inteligencia, finura, y ella lo posee todo, y en

gran manera: yo mismo voy á disponer que se cierre la puerta para que nadie venga á interrumpirnos: ¿no será bien hecho?

Arm. Sí señor; ese es mi parecer: así estarémos mas sosegados.

Aparte.

Flor. Es precisa una conversacion... esperadme; vuelvo al instante.

SCENA X.

Arm. ¡Cómo se clava el bueno del tio! En verdad que yo no procedo... pero reparos á un lado; lo importante es saber si soy correspondido.

Padres, tios y tutores
contra mí se enojarán;
mas sé que en el bello sexô
indulgencia he de encontrar.
La ficcion, no hay duda, es crímen;
pero de amor en el trato,
el que tiene mas astucia,
suele ser mas bien pagado;
y la que hoy riñe al astuto,
mañana le rinde el lauro.
Padres, tios, &c.
Si el conseguirte es tan dulce,
perdona, sexô adorado,

que conseguido el amor,
por un efecto contrario,
todo lo que fué cautela,
en fineza va trocando.
Padres, tios, &c.

Pero ella viene.

SCENA XI.

Armando y Laura.

Laura. ¡Armando! ¡cielos!...

Arm. Sí; yo soy, mi amada Laura: el mas tierno amor ¿no podrá conseguir la mas bien merecida correspondencia? Ignoro los sentimientos de vm. y postrado á sus pies...

SCENA XII.

Armando, Laura y Florimon.

Flor. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿pará qué es tanta priesa? no comiencen vms. sin mí.

Laura. Cielos... mi tio.

Flor. A lo ménos se debe esperar hasta que todo esté arreglado.

Arm. Es que... esperábamos á que vm...

Laura. Señor...

Flor. Ahora lo verás: dispongamos todo; hagamos lugar.

Arreglad vos ese lado,
y yo este otro arreglaré.
Arm. Arrímate mas á mí. *A Laura.*
Laura. No me atrevo; déxame.
Arm. La señorita pudiera
ayudarnos.
Flor. Decís bien.
Arm. Ya lo oye vm., señorita.
Laura. Sí señor, sí.
Flor. Vamos, pues.
Arm. Sin ella es inútil todo *Aparte.*
quanto yo pretendo hacer.
Servíos, pues, de ayudarme *A ella.*
este lado á componer.
Flor. Esa es una friolera,
solo puede hacerlo vm.;
así como yo lo hago,
con todo lo que aquí veis.
Laura. ¿Por este lado?
Flor. Vos por aquel.
Arm. ¿Por este lado?
Flor. Es menester.
Laura. Yo por este otro.
Flor. Muy bien, muy bien:
para disponer las cosas,
los dos os entenderéis.

Arm. Es verdad : no hay duda alguna.
Flor. Las luces voy á traer. *Vase.*
Arm. Aprovechad este instante,
y mi amor asegurad.
Laura. Este instante es muy terrible.
Arm. Una palabra no mas.
Laura. Amar , y guardar silencio...
Arm. Ya sé fué : no hay que esperar:
díme si mi amor admites;
pero es lenguage vulgar:
perdonad , señora mia,
y mis dudas disipad.
Laura. Nunca os quejaréis de Laura;
esto os puedo asegurar.
Los dos. ¿Qué importa que una palabra
pueda una dicha formar,
si al asomarse á los labios
al momento vuelve atrás?
¡Ay! una palabra á veces
¡quánto se debe estimar!
Vuelve con luces.
Flor. Ya estan dispuestas las cosas:
preciso es disimular.
Laura. Mi silencio le entristece,
y acusa mi frialdad.
Los tres. Vamos , que la hora

ha llegado ya:
¡ qué de confusiones
cercándome estan!

Laura. Pero tio, explíqueme vm. esto.

Flor. Parece que estás muy sorprehendida: este caballero es el señor Armando, que quiere tener la bondad de prestarse á mis ideas, y ayudarme á concluir mi ópera: vamos á ensayar una scena, y tú haces en ella el papel de pupila.

Laura ¿Yo, señor?

Flor. Sí; y estamos en el punto en que el amante se introduce para saber si es correspondido: el tutor nada sabe todavía: es preciso que el jóven se instruya de todo delante de él; y como tú haces la pupila, te pertenece el proporcionar un medio para este fin: este es tu papel.

Laura. Pero, señor, aquí se trata de hacer una declaracion amorosa, y yo no sé cómo... esto es muy enredoso; y además, supongamos que la niña tenga una secreta inclinacion al jóven, ¿ lo ha de confesar?

Flor. Ella es la que debe reflexîonar sobre este punto.

Arm. A mí me parece que no hay cosa mas fácil: pues que, sin que ella se declare abiertamente, ¿no hay mil modos mas felices, ó mas cautelo-

sos? una mirada... una palabra...

Flor. No hay la menor duda: suponte en la scena... esto es: el jóven está hácia aquí: el tutor á estotra parte, un poco detras: el jóven acaba de decir que ama.

Arm. En efecto dice que ama; que amará siempre, toda su vida; que no aspira sino á poseer el corazon y la mano de la jóven: tal vez se ofrecen algunos obstáculos; pero ántes de procurar el vencerlos, es preciso que sepa si es amado; y esto es á lo que ella debe responder.

Flor. Es muy cierto.

Laura. Pero ella debe hallarse muy confusa, sorprehendida, y yo... á mí me parece que ella no puede hacer otra cosa.

Flor. En ese caso el jóven nada adelantaria con su cautela.

Laura. Si ella se descubriera como casualmente, podria pasar; pero reflexîonando, no se hace posible que ella diga abiertamente su inclinacion... y sobre todo delante de un testigo...

Flor. Ya, ya; el testigo estorba, pero no puede irse.

Arm. Es preciso manejarse de un modo singular.

Flor. Con realidad, Laura mia, aquí viene como

de molde mi romance: ahora vas á cantarlo, y verémos.

Laura. ¿Cantar ahora?

Arm. Señorita, su tio de vm. dice muy bien; no viene bien la resistencia: sírvase vm. de cantar el romance... además de que en esta scena es necesaria la música: el amante está muy atento: no pierde un gesto ni una mirada, esperando la sentencia que debe decidir de su felicidad.

Al piano.

Flor. Yo hago el público, y observo para hacer mis advertencias.

Arm. No, no; quédese vm.

Flor. No es posible: suponga vm. que estoy en mi lugar; además de que tambien hago la orquesta: vamos.

Laura. ¡Quánto me palpita el corazon!

Flor. ¿Cómo?..

Laura. Digo que tengo miedo: bien sabe vm. que yo no canto delante de gentes.

Flor. Dexémonos de reparos: haz lo que te se dice.

Laura. Para un amante entendido,
un profundo sentimiento,
por mas que se disimule,

no puede ser mucho tiempo;
que el corazon agitado
á impulsos de sus afectos,
á pesar suyo descubre
todo quanto encierra adentro.

Flor. No me parece mal: la muchacha se explica con bastante calor: vamos, la segunda, la segunda estrofa.

Laura. Llega un instante fatal,
en que de amor el exceso
manifiesta todo quanto
en vano encubrió el silencio:
resistiendo todavía
dice, inútil es mi esfuerzo;
es del objeto que adoro,
ya no es mio mi secreto.

Arm. ¡O! Señorita, esto es admirable.

Flor. Ve aquí los dos versos de nuestra disputa: váya que el romance está bien puesto.

Arm. Y que ¿ha pensado vm. en su plan que el amante no responde nada?

Flor. ¡Bueno! ¡qué locura! ¿y la decencia?...

Arm. No señor; no soy de ese parecer: es preciso que el amante responda baxo el ayre del romance; y como él se halla transportado de lo

que acaba de escuchar, con un movimiento un poco mas vivo responde cantando de esta manera.

Feliz venturoso instante
en que mis dudas muriéron:
enagenas mis sentidos,
y en mí propio expresion
que si el amar, de la dicha
es un agradable sueño,
el amar y ser amado
es el placer verdadero.

Flor. No va mal: una vez que vm. quiere que el jóven cante, que lo haga enhorabuena; pero como salimos de una situacion un poco sosegada, es forzoso dar calor á la scena, y reanimarla; así es que en seguida el tutor que ha comprehendido el sentido de los versos, y las miradas expresivas de los amantes, se encoleriza; furioso se acerca á ellos, y la pobre pupila se escapa por allí...

La accion con las palabras.

Arm. El amante afectando un terror falso se escapa por el mismo lado...

Deteniéndole.

Flor. No señor, no: vm. por aquí: en quanto á las coplas, pase; pero esto del exemplo exîge

mayor delicadeza. La decencia teatral, el juicio, todo ordena que el amante y su querida no se vayan por un mismo sitio: deben ser separados, como estan vms.

Arm. ¿Con que se quedan á cada lado del teatro, y seguramente muy tristes?

Flor. Fácil es de imaginar: el tutor está enmedio sobre la parte mas próxîma á los espectadores.

Arm. Y á lo ménos los amantes, aunque de léjos, y por detras del tutor se hacen algunas señas de inteligencia.

Flor. Sin duda, y esto miéntras el tutor hace un monologo que indica la situacion.

Arm. ¡Maravillosamente! adelante, adelante: la situacion exîge, manda, arrastra: y así como suponémos que el tutor ha descubierto el amor de los jóvenes, debe pensar y conocer la imposibilidad de resistir mas tiempo: él es bondoso é indulgente: los amantes se le acercan poquito á poco: así, de este modo.

Flor. El buen hombre se enternece.

Arm. Entónces ellos se postran á sus pies: él los levanta, y los casa.

Flor. ¿Vm. dice que los levanta y los casa?

Arm. No hay otro desenlace.

Flor. Pues él los levanta... y no los casa: es necesario hacer el asunto mas moral.

Arm. ¿Cómo?

Flor. El tutor que hasta aquí no ha representado sino un hombre débil que tenia ojos para no ver, y oídos para no oir, todo lo ha visto, y todo lo ha entendido: no ha sido juguete de la astucia del amante; y poco mas ó ménos, le habla de esta manera. Señor mio, la poesía tiene sus licencias, y la cautela sus límites que jamas se deben traspasar. Qualquiera puede apasionarse de una jóven, desear unirse con ella, y valerse para ello de los medios que permite la delicadeza: pero introducirse por un medio culpable en una familia honrada, seducir un corazon jóven, sin experiencia, sin consentimiento de un tio juicioso de quien depende, aprovecharse de una pasion, ó bien sea una manía particular que él tiene para hacerle hacer un papel ridículo, interesar á su sobrina en esta especie de traicion, darla el consejo perfido y criminal de poner á este buen tio, que la ama tiernamente, en una situacion ridícula que ella misma aníma sin pensarlo; esta, señor, es una conducta imperdonable. Quién, jóven inconsi-

derado, por no darle otro epíteto mas vergonzoso, quién le ha dicho á vm. que al matrimonio que deseo, no se opone un obstáculo invencible?

Arm. ¡Cielos!

Flor. ¿Conoce vm. ya toda la inconseqüencia de su conducta? Retírese vm.; sírvale esto de leccion, y sepa que la juventud y la inocencia merecen el mayor respeto.

Retirándose.

Arm. Tiene razon: nada tengo que oponer á sus justas reconvenciones.

Lo mismo.

Laura. Ya veo que aquí se acabó toda mi esperanza.

Flor. Y bien; vms. se van sin reflexîonar que todavía falta otra scena.

Arm. ¿Otra scena?

Flor. Sin duda: como el amante dice que se va, permanece; esta es la regla: aunque la pupila dice que se acabó su esperanza, no se ha acabado: en fin, como el tutor dice que nada podrá aplacarle, se sosiega, y aun se enternece.

Arm. ¿Sería posible?

Flor. Muy posible: no es el tutor un hombre de piedra: no ha querido sino dar una leccion á los

jóvenes: no ha un instante que estos estaban á sus pies; ahora les ofrece sus brazos; y mas quiere verlos en su seno, que postrados á sus plantas.

Arm. y Laura. ¡O amado tio! ¡quánta es nuestra dicha!

Flor. Para hacerla completa os uno para siempre: ha mucho tiempo que tenia este designio: no teniais que molestaros tanto: este era mi plan.

Arm. ¿Cómo, señor?

Flor. Sí, amigo: yo os aseguro todos mis bienes, repitiendo por moral de esta pieza, que es muy bien el procurar la felicidad; pero siempre por unos medios que no ofendan la decencia, ni hieran la delicadeza.

FIN.

